

SERMON  
QUE  
EN LA INSIGNE Y NACIONAL  
COLEGIATA DE  
NUESTRA SEÑORA  
DE GUADALUPE,

PREDICO EL ILLMO. SR. DR.  
D. CLEMENTE DE JESUS MUNGUA,  
OBISPO DE MICHOCAN.

BV4254  
.S6  
M8  
1860  
c.1

MEXICO.  
IMPRESA DE M. VILLANUEVA.  
Calle de Capuchinas núm. 10.  
—  
1860.

BV4254

.S6

M8

1860

C.1

289



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



1080026912

SERMON

que

EN LA INSIGNE Y NACIONAL COLEGIATA

DE NUESTRA SEÑORA

DE GUADALUPE,

PREDICO EL ILMO. SR. DR.

D. CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA,

OBISPO DE MICHOACAN,

EL 29 DE AGOSTO DE 1860, ULTIMO DIA DEL  
SOLEMNE TRIDUO QUE SE HIZO, IMPLORANDO POR LA INTERCESION DE LA SANTISIMA  
VIRGEN EL SOCORRO DEL SEÑOR EN LAS NECESIDADES PRESENTES.

DADO A LUZ

POR ALGUNAS PERSONAS INTERESADAS EN SU PUBLICACION.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO.

IMPRENTA DE MARIANO VILLANUEVA  
CALLE DE CAPUCHINAS NUMERO 10.

1860.

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

42416

BV4254

-56

M8

1860

SERMON

EN LA ESCUELA Y EN EL TEMPLO

DE NUESTRO SEÑOR



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Capilla Alfonso  
Biblioteca J. Valverde

MEXICO

1860

1860

*Al Illmo. Sr. Dr.*

**D. LAZARO DE LA GARZA**

Y BALLESTEROS,

DIGNISIMO ARZOBISPO DE MEXICO,

EN TESTIMONIO

De singular afecto y profundo reconocimiento,

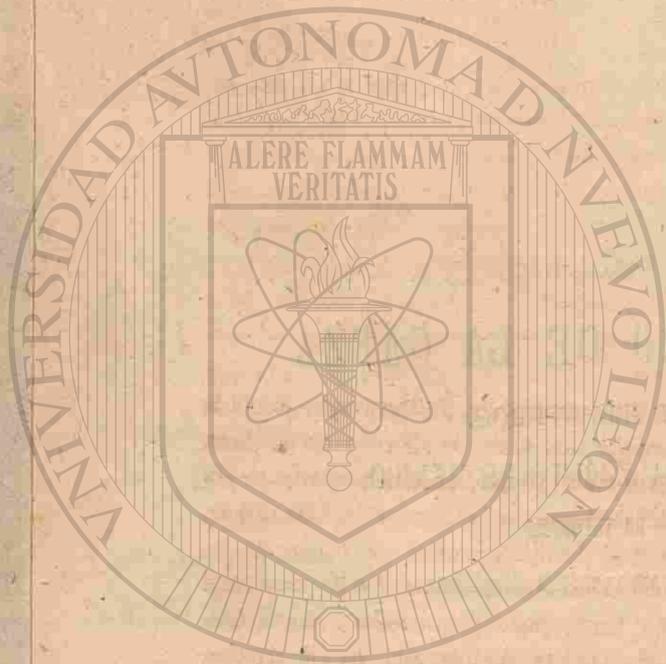
*Clemente de Jesus,*  
Obispo de Michoacan.

México, Setiembre 24 de 1860.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



005222



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... con solenne rito, y en virtud de la divina inspiración, pronunció las siguientes palabras: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

*Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

He escogido y he santificado este lugar, para que esté allí mi nombre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo.

II. Paral. cap. VII, v. 16.

SEÑORES:

**E**STAS palabras, con que Dios manifestó á Salomon cuán acepta le había sido la erección del antiguo templo de Jerusalem: estas palabras, que históricamente se refieren á este templo, pues con motivo de su dedicación fueron pronunciadas, tienen sin duda un sentido mas amplio, como todo lo que pertenece á la historia figurativa del pueblo de Israel. Salidas de los labios del mismo Dios, enunciativas de una formal promesa, léjos de limitarse al templo judío, para quedar como sepultadas entre sus ruinas cuando hubiese desaparecido, hacían relacion tambien á otro templo mas grandioso, mas augusto, mas imponente: al templo cristiano, proféticamente representado en la antigua sinagoga, monumento de toda la religion, esencialmente santo, pues todos los dias es inmolado en su altar el Santo de los santos, casa de Dios por excelencia en la tierra, consagrado por la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, lugar escogido y santificado por Dios mismo para residencia de su nombre, objeto de su vigilancia y centro de su amor: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

Mas la Iglesia católica, esta madre sabia y santa, que todo lo explica y enseña bajo la inspiracion del Espíritu divino, refiere tambien á la Virgen María estas palabras del Señor, y aun las ha hecho figurar entre los títulos de honor con que celebra sus cultos en su advocacion de

GUADALUPE: y con sobrada razón, á la verdad, no solo porque María es Madre de Jesucristo, y Jesucristo Esposo de la Iglesia, sino porque, aun ántes que la Sinagoga desapareciese, tuvo el honor incomparable, portando en su vientre al Hijo de Dios, de ser su primer palacio, su primer trono, su primer templo de residencia personal en la tierra, y en el órden humano, en la dilatada escala que presentan por sus grados de perfeccion y dignidad las criaturas todas, el palacio mas bello, el trono mas augusto, el templo mas santo que la sola humanidad podia preparar para recibir en su seno al Verbo de Dios. Fué pues María, por su destino y vocacion eterna, el privilegiado sitio elegido y santificado por el Señor, para tener siempre sobre sí las miradas solícitas de sus ojos y la ternura inefable de su corazon. *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permancant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

¿Y no podrémos nosotros trasladar estas palabras de los labios del mismo Dios á los labios de María, para significar el motivo, el carácter y los efectos de su residencia en medio de nosotros con el título de GUADALUPE? ¿No es cierto que vino á este pueblo en los momentos en que iba á obrarse un cambio universal en su naturaleza y en su faz religiosa y política? ¿No es cierto que, con venir á nosotros, nos santificó, para que México fuese digna residencia suya? ¿No es cierto que su nombre lleva la representación de nuestra historia y de nuestras esperanzas? ¿No es cierto que nuestros padres, lo mismo que nosotros, hemos recibido mil pruebas de que no han dejado de estar nunca en este pueblo las miradas y el corazon de María?

Ved pues, señores, una reciprocidad sorprendente á par que maravillosa en las palabras de mi texto. María, residencia del mismo Dios, objeto de sus miradas y sentimientos de amor, tiene cuanto exige la posesion de la sabiduría, del poder y la felicidad por via de gracia: México, lugar escogido por la Madre de Dios y santificado por ella, para tener constantemente fijos sobre sí los ojos y el corazon de una Madre tan tierna, tiene, para esperar el remedio de sus males y volver á todo el vigor de la vida, cuanto pudiera desear por via de proteccion: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi, et permancant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus.*

No me detendré, sin embargo, en discurrir con vosotros sobre el primero de estos puntos. ¿Qué necesidad hai de explicar una verdad que está en las ereencias del mundo católico, y no ha dejado de vivir nunca en el corazon de los mexicanos que han conservado el tesoro de

su piedad? María es un poder de gracia, María por gracia es un órgano de la Omnipotencia y la bondad infinita, María lo puede todo por dispensacion que le ha hecho el que es Omnipotente: su gloria está predicada por las generaciones y los siglos, y profetizada por ella misma como una dispensacion tierna de la Omnipotencia divina. Esto es claro; pero lo que no lo es tanto, es la cuestion de nuestro destino en la terrible crisis en que se halla nuestra patria. He aquí, señores, el punto capital, la cuestion de vida ó muerte, lo que debe ocuparnos hoy dia por entero á todos los mejicanos. María es nuestra Madre, María está entre nosotros, María nos ve y nos ama, sus ojos y su corazon están en Méjico; pero ¿con solo esto está desatado el nudo y resuelta definitivamente la cuestion de nuestro destino en tan peligrosas crisis? ¿su socorro será eficaz, si nuestra cooperacion es nula? ¿querrá salvarnos contra las reglas establecidas y las condiciones puestas á la salvacion por el mismo que vino á redimir al mundo?

En lugar pues, de abandonarnos á goces especulativos, á esperanzas informes, procuremos acercarnos á nosotros mismos, contemplar nuestra situacion presente, ver si ella representa el desamparo de la Madre ó el abandono de los hijos, si el mal tiene un carácter desesperado, ó aún puede curarse radicalmente. Necesidades mil aquejan hoy á la República: referirlas y ponderarlas seria llenar un libro; pero esto no es necesario: el mal como su remedio tiene cierta categoría, cierta filiación, cierta fecundidad. Hai un mal generador y padre de los otros, y un remedio supremo que cura todos los males de una especie. El mal que sufre Méjico es universal; pero cada una de las clases puede y debe fijarse de toda preferencia en el primitivo mal de donde todos vienen. En este templo y al pié de este trono de amor están reunidos: la Iglesia mejicana representada en la persona de sus pontífices, el Gobierno en todos los Cuerpos del Estado, y los fieles en este religioso auditorio que asocia con el sacerdocio y el ministerio público sus votos á María por el remedio de todas sus necesidades. Un sentimiento comun anima en este dia el corazon de todos; un pensamiento domina por entero nuestras almas; un objeto reconcentra y fija nuestros deseos: en el órden temporal todos miran la guerra como el supremo de todos los males, y suspiran por la paz, considerándola como el primero de todos los bienes; y á la vista de esas dificultades siempre crecientes, de esos obstáculos que parecen brotar bajo la mano misma que se esfuerza por allanarlos, de esas complicaciones fatales que dia por dia retiran mas y mas la esperanza de un término al terrible, antiguo y constan-

te mal que nos aqueja, hemos llegado á pensar, y no vacilamos en decir, que las causas segundas han perdido su virtualidad, y solo por un milagro de la misericordia y el poder divino puede salvarse nuestra patria. La paz, voto comun de todos nosotros, es un don de Dios, y así lo confesamos como católicos; pero un don que, como todos los demas, pide cooperacion de parte nuestra para recibirle, afirmarle y fecundarle. La paz tiene sus elementos fundamentales en la Iglesia, como órgano instituido por donde Dios comunica sus bienes á los hombres; tiene sus medios de radicacion en el Estado, como institucion fundada para atender inmediatamente al bien temporal de la sociedad; y tiene, por último, en el pueblo sus condiciones de estabilidad y permanencia, que conviene conocer. ¿Qué necesita la Iglesia para iniciar en Méjico el restablecimiento de la verdadera y sólida paz? La libertad externa. ¿Qué necesita el Gobierno para obtenerla y consolidarla en el Estado? Asirse del orden sobrenatural y cooperar eficazmente con él. ¿Qué ha menester el pueblo para disfrutarla y aprovechar los efectos de su maravillosa fecundidad? conservar íntegra y á toda costa su unidad religiosa. Hé aquí, señores, tres verdades prácticas de la mas grande importancia, que voi á explicar en este lugar santo, sirviéndome para ello de los datos que ministran la doctrina católica, la historia de la religion y la vocacion política de la sociedad.

Mas como todo esto se endereza y encamina rectamente á la realizacion de una esperanza que nunca muere, y esta esperanza tiene para todos los mejicanos el robustísimo apoyo de la eleccion que habéis hecho de este privilegiado suelo para residencia vuestra, Reina poderosa, Madre tierna; yo me dirijo á Vos, pidiéndoos fervorosamente que comenzéis en mí vuestra grande obra, fecundando en mis labios la palabra evangélica, para que lleve al corazon de mi auditorio, con las luces de la sabiduría, de quien sois Madre, los nobles estímulos de la gracia que conmueve la conciencia, trasforma el corazon, une á la misericordia con el arrepentimiento, y renueva y consolida en el individuo, lo mismo que en la sociedad, la feliz alianza entre Dios y los hombres; esa alianza de que sois Arca, pues habéis portado en vuestro vientre al Mediador, de que sois apoyo por el poder de gracia que el Señor comunica á vuestros ruegos. Sed, pues, ¡oh María! en ocasion tan solemne, sed para todos nosotros cuanto nuestra situacion exige, cuanto es necesario para que Méjico recobre la dichosa paz que tiene perdida.

*Ave María.*

## PRIMERA PARTE.

Hai errores piadosos, como vicios enmascarados con las falsas apariencias de la virtud, y ambas cosas, como bien supondréis, deben hallarse igualmente proscritas del reino purísimo de la verdad. Uno de aquellos errores, y por desgracia, no solo especulativos, sino á veces prácticos, es el pretender que los destinos de la Iglesia dependen de los triunfos de las armas, de la proteccion de los gobiernos, de la influencia de las clases poderosas. Esto es tan falso como degradante para una institucion superior con mucho á todo poder humano. La Iglesia, señores, fundada inmediatamente por Jesucristo, sólidamente constituida, superabundantemente provista por él de todos los medios de conservacion y perpetuidad, no necesita de otra cosa para llenar su augusta mision en la tierra. Si los príncipes, si los gobiernos, si los pueblos, rodean su trono dogmático y moral y sirven á su pensamiento, ellos cumplen un deber, se enriquecen con sus prestaciones, se dignifican con su vasallaje, se engradecen con el tributo de su abnegacion; mas no prestan un socorro, no representan un poder sobre la necesidad. Discurrir de otra manera seria desconcertar los elementos del discurso, desconocer el carácter de la institucion, seria perderse.

Va para dos siglos que uno de los pontífices y oradores mas esclarecidos de Francia, despues de haber consagrado al Elector de Colonia, le dirigió un elocuente discurso, cuyo plan le insinuó de esta manera tan delicada como digna: "En cuanto á vos, yo sé mui bien que tenéis gusto por la verdad, y aun por la verdad mas fuerte. No recelo, por tanto, el desagradaros con manifestarla; dignáos pues escuchar lo que no temo deciros. Por una parte la Iglesia no tiene necesidad ninguna del socorro de los príncipes de la tierra, porque las promesas de su Esposo omnipotente le bastan: por otra parte, los príncipes, que tienen el carácter de pastores, pueden ser mui útiles á la Iglesia con tal que se humillen, que se consagren al trabajo y se vean resplandecer en ellos todas las virtudes pastorales." Cuando Fenelon se explicaba de esta suerte, señores, dió bastante á conocer que verdades de esta naturaleza, cuyo conocimiento es universalmente provechoso, parecen reservadas de preferencia para ilustrar la mente y formar el carácter de los hombres que rigen los destinos de los pueblos. Y no imaginéis que tal concepto fuese nuevo cuando le virtió aquel insigne orador; porque este ha sido el tema de enseñanza y conducta que ha se-

te mal que nos aqueja, hemos llegado á pensar, y no vacilamos en decir, que las causas segundas han perdido su virtualidad, y solo por un milagro de la misericordia y el poder divino puede salvarse nuestra patria. La paz, voto comun de todos nosotros, es un don de Dios, y así lo confesamos como católicos; pero un don que, como todos los demas, pide cooperacion de parte nuestra para recibirle, afirmarle y fecundarle. La paz tiene sus elementos fundamentales en la Iglesia, como órgano instituido por donde Dios comunica sus bienes á los hombres; tiene sus medios de radicacion en el Estado, como institucion fundada para atender inmediatamente al bien temporal de la sociedad; y tiene, por último, en el pueblo sus condiciones de estabilidad y permanencia, que conviene conocer. ¿Qué necesita la Iglesia para iniciar en Méjico el restablecimiento de la verdadera y sólida paz? La libertad externa. ¿Qué necesita el Gobierno para obtenerla y consolidarla en el Estado? Asirse del orden sobrenatural y cooperar eficazmente con él. ¿Qué ha menester el pueblo para disfrutarla y aprovechar los efectos de su maravillosa fecundidad? conservar íntegra y á toda costa su unidad religiosa. Hé aquí, señores, tres verdades prácticas de la mas grande importancia, que voi á explicar en este lugar santo, sirviéndome para ello de los datos que ministran la doctrina católica, la historia de la religion y la vocacion política de la sociedad.

Mas como todo esto se endereza y encamina rectamente á la realizacion de una esperanza que nunca muere, y esta esperanza tiene para todos los mejicanos el robustísimo apoyo de la eleccion que habéis hecho de este privilegiado suelo para residencia vuestra, Reina poderosa, Madre tierna; yo me dirijo á Vos, pidiéndoos fervorosamente que comenzéis en mí vuestra grande obra, fecundando en mis labios la palabra evangélica, para que lleve al corazon de mi auditorio, con las luces de la sabiduría, de quien sois Madre, los nobles estímulos de la gracia que conmueve la conciencia, trasforma el corazon, une á la misericordia con el arrepentimiento, y renueva y consolida en el individuo, lo mismo que en la sociedad, la feliz alianza entre Dios y los hombres; esa alianza de que sois Arca, pues habéis portado en vuestro vientre al Mediador, de que sois apoyo por el poder de gracia que el Señor comunica á vuestros ruegos. Sed, pues, ¡oh María! en ocasion tan solemne, sed para todos nosotros cuanto nuestra situacion exige, cuanto es necesario para que Méjico recobre la dichosa paz que tiene perdida.

*Ave María.*

## PRIMERA PARTE.

Hai errores piadosos, como vicios enmascarados con las falsas apariencias de la virtud, y ambas cosas, como bien supondréis, deben hallarse igualmente proscritas del reino purísimo de la verdad. Uno de aquellos errores, y por desgracia, no solo especulativos, sino á veces prácticos, es el pretender que los destinos de la Iglesia dependen de los triunfos de las armas, de la proteccion de los gobiernos, de la influencia de las clases poderosas. Esto es tan falso como degradante para una institucion superior con mucho á todo poder humano. La Iglesia, señores, fundada inmediatamente por Jesucristo, sólidamente constituida, superabundantemente provista por él de todos los medios de conservacion y perpetuidad, no necesita de otra cosa para llenar su augusta mision en la tierra. Si los príncipes, si los gobiernos, si los pueblos, rodean su trono dogmático y moral y sirven á su pensamiento, ellos cumplen un deber, se enriquecen con sus prestaciones, se dignifican con su vasallaje, se engradecen con el tributo de su abnegacion; mas no prestan un socorro, no representan un poder sobre la necesidad. Discurrir de otra manera seria desconcertar los elementos del discurso, desconocer el carácter de la institucion, seria perderse.

Va para dos siglos que uno de los pontífices y oradores mas esclarecidos de Francia, despues de haber consagrado al Elector de Colonia, le dirigió un elocuente discurso, cuyo plan le insinuó de esta manera tan delicada como digna: "En cuanto á vos, yo sé mui bien que tenéis gusto por la verdad, y aun por la verdad mas fuerte. No recelo, por tanto, el desagradaros con manifestarla; dignáos pues escuchar lo que no temo deciros. Por una parte la Iglesia no tiene necesidad ninguna del socorro de los príncipes de la tierra, porque las promesas de su Esposo omnipotente le bastan: por otra parte, los príncipes, que tienen el carácter de pastores, pueden ser mui útiles á la Iglesia con tal que se humillen, que se consagren al trabajo y se vean resplandecer en ellos todas las virtudes pastorales." Cuando Fenelon se explicaba de esta suerte, señores, dió bastante á conocer que verdades de esta naturaleza, cuyo conocimiento es universalmente provechoso, parecen reservadas de preferencia para ilustrar la mente y formar el carácter de los hombres que rigen los destinos de los pueblos. Y no imaginéis que tal concepto fuese nuevo cuando le virtió aquel insigne orador; porque este ha sido el tema de enseñanza y conducta que ha se-

guido la Iglesia de Dios en todos los siglos. Esta verdad la ha inculcado, aunque bajo diversas formas, á todos los príncipes, á todos los grandes: á los emperadores paganos acostumbraba decirles que su poder no podía destruir el derecho supremo que ella tiene para enseñar la doctrina y dirigir las costumbres; y á los soberanos católicos le ha predicado constantemente que ella salió perfecta y plenamente provista para sus grandes fines de las manos mismas que la instituyeron. ¿Debería yo abandonar las huellas que nos han dejado los apóstoles y sus sucesores, y sus santos cooperadores en el ministerio, cuando se trata de la situación de la Iglesia mejicana en las circunstancias de hoy? No por cierto.

La Iglesia de nada necesita, vuelvo á decirlo: porque en Méjico es lo que en todo el mundo católico; en este siglo, lo que en todos los siglos; en estas circunstancias, lo que en todas las vicisitudes por donde ha pasado en su calidad de militante. Mas como ella es el reino de Dios en la tierra; como ella es el intérprete de Dios para enseñar la verdad, el órgano por donde se comunica y distribuye la gracia, el tribunal del tiempo cuyos juicios han de ser ratificados en el de la eternidad; como fué instituida en pro de toda la humanidad menesterosa, para salvar al hombre con la gracia de Jesucristo, pero sin destruir ni aun coartar la libertad humana; necesita, no para su legitimidad, no para la conservacion de sus elementos constitutivos, no para la subsistencia de su magisterio dogmático y su poder moral, no para la vida de su derecho, sino para multiplicar y perpetuar sus beneficios, que el hombre no le oponga la soberbia de la razon, la concupiscencia de la voluntad, la rebeldía del carácter. De parte de Dios todo lo conserva, y con esto nada sustancial tiene perdido; mas todo lo ha visto combatido por parte de los hombres: es decir: se han puesto cadenas en sus brazos, para que no difunda el bien; se han sellado sus labios, para que no predique la verdad; se la ha llenado de grillos, para que no siga marchando: esto es todo. Esto supuesto, ¿qué necesita la Iglesia de parte de los hombres? que no se obstinen contra su propia felicidad, que no encadenen la mano que se abre para socorrerlos, que no llenen de trabas los piés que caminan para evangelizar la paz y evangelizar el bien, que no vuelvan las espaldas delante de esta luz que disipa todas las tinieblas y muestra los caminos que conducen á la eterna felicidad; en suma: que no pongan trabas ningunas á su libertad externa. La Iglesia no necesita, de parte de los hombres, nada de aquello que su Divino Esposo le tiene asegurado, nada de cuanto posee con independencia de todo poder humano: no ha menester sino únicamente de

aquello que los hombres le pueden quitar. ¿Qué le pueden quitar los hombres? ¿Su formacion? no. ¿Su constitucion? no. ¿Su magisterio? no. ¿Su poder moral? no. ¿Su derecho? no. ¿Qué le pueden quitar, pues? una cosa, señores, solo una, nada mas que una; su libertad externa: porque quien dice libertad externa, dice predicacion sin antagonismo, magisterio sin contradiccion, régimen sin obstáculo, inmunidad sin desacato, posesion sin despojos ni violencias, dice todo lo contrario precisamente de lo que los pueblos y los siglos han visto que la Iglesia sufre cuando se desata contra ella cualquiera persecucion. Por esto he dicho, que la Iglesia mejicana nada necesita en el orden de su institucion, de su poder moral y de su derecho; pero que lo necesita todo en el orden de la libertad externa, y esto para el bien de los fieles, como lo ha necesitado siempre para el bien del género humano.

Estas importantes verdades están, señores, fundadas en el dogma católico, y atestiguadas tambien por la experiencia de los siglos: son verdades que cuentan con la evidencia de hecho, de razon y aun de sentimiento, que han sido probadas en todos los criterios, y se han manifestado al hombre constantemente desde aquellos primitivos tiempos en que la Iglesia tuvo un carácter figurativo y profético, hasta hoy día en que cuenta mas de diez y ocho siglos de establecida en toda su plenitud.

¿Cuál es la prueba dogmática? Vedla aquí. La Iglesia tiene dos caracteres esencialísimos: primero, el de una perfeccion completa en su formacion, constitucion y destino; segundo, el de una constante lucha en su travesía por la tierra. El primero de estos caracteres nos la manifiesta fundada, como San Pablo se explica, sobre los apóstoles y profetas, y descansando toda en Jesucristo como en su piedra angular; reuniendo todos los siglos en su carrera, todos los países en su vocacion, toda la verdad en su magisterio, todas las virtudes en su objeto práctico, todos los bienes verdaderos en su dispensacion; poseyendo un poder sobre el entendimiento para regirle con la fe, sobre la voluntad para ayudarla con la gracia, sobre la libertad para gobernarla con la lei; ejerciendo el derecho de conocer y juzgar en cuanto abarca la inmensidad de estos objetos, presidiendo á los últimos destinos de toda la humanidad. La Iglesia, en fuerza de la perfeccion divina con que la instituyó Jesucristo, es una, santa, católica, apostólica, es infalible, es indefectible, constante, perpetua, fuerte mas que los reales coronados de guerreros, poderosa mas que todos los soberanos del mundo, irresistible mas que todas las influencias humanas, prudente y entendida mas

que todos los ingenios y sabios que han producido los siglos: en suma, es divina, está de continuo asistida por el mismo Jesucristo, y piensa, y habla, y obra constantemente bajo la inspiración excelsa del Espíritu Santo.

Esta es, señores, la doctrina dogmática sobre la formación, constitución, objeto y fin de la Iglesia católica. Ya veís que como cuerpo docente no necesita del sabio, que como cuerpo regente no necesita del fuerte, como institución de felicidad no ha menester del rico y poderoso: que todos los reyes, los príncipes, los soberanos, puestos de su parte, no añaden una línea á su derecho, y puestos contra ella, tampoco le quitan una línea, fundado como está, no en las influencias precarias de un orden transitorio, sino en la palabra de Dios que no pasará jamás; y cómo, por lo mismo, según los principios estrictos del dogma, no ha menester absolutamente de nadie ni de nada fuera de su Divino Fundador, para conservar su existencia, su carácter, su derecho, todo lo que la constituye sabia, fuerte y perpetua.

Mas no sucede lo mismo tratándose de su residencia en el mundo, de su acción exterior sobre los individuos y las sociedades, de sus relaciones con los Estados políticos, de lo que hace, dice y posee en fuerza de su autoridad y de su derecho. En este punto, lejos de tener la garantía de predicar, enseñar y gobernar al pueblo fiel á salvo de toda contradicción y todo obstáculo, el Salvador del mundo le anunció, no una carrera tranquila, sino turbulenta; no un respeto universal, sino descalos y vejaciones: le anunció cruces, trabajos, espinas, calumnias, tropelías, persecuciones de todo género, y por esto la inauguró con el carácter de militante: carácter que ciertamente no tendría, si no hubiese de venir frecuentemente á la lucha con enemigos diversos que se conjurarían contra ella. En aquella memorable noche de la última cena que celebró con sus discípulos, les dió como prenda de la unión más íntima con ellos una herencia de paz que no les faltaría jamás; pero á renglón seguido la caracterizó, para que nunca pudiera confundirse con la paz del mundo, ni creerse perdida en las diversas tempestades que éste había de suscitar contra ella. “La paz os dejo, dijo á su Iglesia en la persona de sus discípulos, mi paz os do: no os la do yo como os la da el mundo.”<sup>1</sup> Según este oráculo la Iglesia no debió esperar en su temporal carrera, sino la travesía de un mar agitado y tempestuoso; pero á mayor abundamiento quiere ser más explícito detallando y razonando los continuos padecimientos de su Esposa. “Si el mundo os

<sup>1</sup> San Juan. Cap. XIV, v. 27.

aborrece, les decía, sabed que me aborreció á mí antes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo . . . si á mí me han perseguido, también os perseguirán á vosotros.”<sup>1</sup>

Esto era ya, señores, bastante claro; pero aquel Divino Maestro, no satisfecho todavía, quiere robustecer á su Iglesia con el conocimiento previo y aun pormenorizado de las persecuciones que debía esperar en su futura carrera. “Os echarán de las sinagogas, decía: mas viene la hora en que cualquiera que os mate pensará que hace servicio á Dios... os he dicho esto para que, cuando viniere la hora, os acordéis que os lo tenía anunciado.”<sup>2</sup> Ved pues, católicos, con cuanta claridad está probado, por el santo Evangelio, por la misma palabra de Jesucristo, Señor nuestro, que la Iglesia sería militante, y en consecuencia, tendría que luchar con diversos linajes de enemigos, sufrir todo género de ataques, ser perseguida por su predicación, por su autoridad moral, atacada en todos sus derechos, despojada, calumniada, combatida de muerte; y cómo, en consecuencia, los hombres podían quitarle su libertad externa, y ella por tanto encontrarse muchas veces en el caso de necesitar su recobro.

¡Queréis, empero, ver confirmadas estas mismas verdades con las pruebas de hecho que nos ministra la historia? Contemplad la misteriosa y sublime carrera de la Iglesia de Dios desde que nace hasta la época presente; y colocados aquí, no necesitaréis de otra luz para convenceros de que en el resto de los siglos será lo que ha sido hasta hoy; y con independencia de toda necesidad humana, de todo poder humano, será siempre una, santa, católica, apostólica, infalible, indefectible, fuerte, poderosa, perpetua: verá correr los siglos sin desaparecer en sus oleadas, cambiar mil veces la faz política de los pueblos sin sufrir ella ni la más leve mudanza, levantarse y abatirse los tronos sin que se desplome jamás el suyo, nacer y renacer sistemas, opiniones, doctrinas, sin que la suya sufra el más leve menoscabo; habrá de sobrevivir á todos los cataclismos de la sociedad, y quedará en pie dominando las ruinas del mundo deshecho, al aparecer el postrimer instante del tiempo sobre el gran reloj de los siglos.

No había sonado aún la hora de inaugurarse con toda su plenitud en la tierra la Iglesia de Jesucristo, y ya sus victorias llenaban las páginas del más antiguo de todos los libros, ya el brazo que la rigió ha-

<sup>1</sup> San Juan. Cap. XV, vv. 18, 19 y 20.

<sup>2</sup> En el mismo. Cap. XVI, vv. 2 y 4.

bia hecho estremecer á los opulentos reyes, ya sus profetas habian pronunciado el hasta aquí de reinados poderosos.

Nace de una cruz de madera, sostiene una guerra de tres siglos, y cuando un rei apóstata se ocupaba en formar el epitafio del difunto cristianismo, venia caminando la hora en que todo el imperio romano caeria rendido á discrecion al pié de la Cruz. A la lucha de la sangre sigue la guerra todavía mas terrible de la herejía y de los vicios: guerra prolongada, múltipla, universal, activa, incansable; guerra en que el error asalta los tronos, ocupa las magistraturas, inspira á los guerreros, complica las pasiones; en que la lucha es tan tenaz, tan horrible, y la tempestad es tan espantosa, que hai momentos altamente críticos en que se necesita toda la fuerza de la fe para no temer los últimos desastres en el reino de Jesucristo. Mas ¡oh poder irresistible de las promesas del Esposo! aquellas tinieblas impenetrables, que el genio del mal habia logrado extender por toda la tierra, se recogen y desaparecen á la plena luz de la ciencia católica; los pertinaces atletas de la herejía son heridos con el rayo de la autoridad canónica en los concilios ecuménicos, y los vicios confundidos van á esconderse en las tinieblas en presencia de esas virtudes incomparables que salen de los desiertos á purificar la inmensa contaminacion de las ciudades.

Mas los enemigos de la Iglesia, siempre derrotados y nunca rendidos, renuevan al punto la lucha, empleando á su propósito una táctica nueva y combatiendo con otras armas: con las de cierto dogmatismo religioso-político, con las de un falso derecho, con las de un zelo hipócrita, con las de una bárbara accion. Los primeros con toda la énfasis de la propiedad la dicen: "Tú no eres de este mundo, vete de aquí." Los segundos pronuncian que "el derecho de gobernar está solo en el poder temporal," y á nombre de este falso derecho pretenden someterla. Los terceros, profundamente recogidos en presencia de su ministerio espiritual y su carácter santo, exclaman llenos de veneracion y respeto: "la personalidad eclesiástica no puede sin contaminarse tomar parte ninguna en los negocios del Estado, y en consecuencia, pronuncian la abolicion de todos sus derechos políticos. La Iglesia entónces, venciendo á los primeros con el argumento incontestable de su residencia legal en el mundo, á los segundos con el dogma de su independencía y soberanía, y á los terceros con la bondad intrínseca y el incuestionable derecho de su representacion legal, no triunfa sino para sufrir la última descarga, especie de metralla formidable que aglomera contra ella, para exterminarla, todos los elementos de muerte.

Abandónanse las discusiones, prescíndese de ataques parciales, arrojándose al suelo los disfraces todos. El combate es general contra la institucion, contra la doctrina, contra el derecho, contra el ministerio, contra la personalidad eclesiástica, contra la necesidad de su accion, contra todos los elementos de la vida moral, contra Dios mismo. Esgrímense todas las armas: la impostura, la diatriba, el sarcasmo, la calumnia, el desprecio, la violencia, la depredación, el destierro, la muerte misma. Estos son los lances en que se hace sentir aquel desbordamiento de pasiones, aquella insurreccion funesta de todos los odios, aquellos tenebrosos planes concebidos en las tinieblas y ejecutados en la mitad del dia contra Cristo y su reino, tan enérgicamente pintados por el Profeta. Naciones enteras lanzando el alarido de la cólera, pueblos entregados á ridículas maquinaciones, reyes puestos en pié, príncipes aliados contra el Señor y contra su Cristo, fascinando á la necia multitud con declamaciones hipócritas, apellidando yugo insoportable á la soberanía de Dios, y cadenas crueles á los preceptos de su lei. <sup>1</sup> Bien veis, señores, que generalizo las ideas y dilato las dimensiones del cuadro, para huir los efectos de ciertas cavilaciones, y mostrar el poder de la verdad poniendo á vuestra vista la exactísima correspondencia de los hechos con los oráculos. ¿Qué habéis visto en todos los siglos? ¿qué veis hoi mas allá de los mares? ¿qué espectáculo presenciáis en vuestra misma patria? Pero no os alarméis: la Iglesia de Dios estará siempre combatida; pero nunca dejará de ostentarse con todos los troféos. Veréisla sufrir todo linaje de persecuciones: veréisla desconocida por muchos de sus hijos, atacada en su magisterio, en su doctrina, en su gobierno, en sus derechos: veréisla despojada, calumniada, herida por la impiedad armada con la fuerza: veréisla encadenada, pobre; pero rendida, avasallada, envilecida, no, jamas. Nada temáis, pues, por ella: es la única poseedora de un poder irresistible, de una arma sin igual, de una táctica sin modelo y sin imitacion: en la bancarrota política de todas las sociedades, ella es la única que conserva íntegros todos sus elementos constitutivos. Su poder es Cristo con ella, su arma la doctrina y la paciencia, su táctica perdonar á sus enemigos. Los males que sufre y ha sufrido siempre, representan la insurreccion del hecho contra el derecho, de la inteligencia contra la verdad, de la naturaleza contra la gracia, de la muerte contra la vida. Mas la guerra de tantos enemigos no ha menguado jamas en un ápice ni el

<sup>1</sup> Salmo segundo, versículos 1, 2 y 3.

derecho, ni la verdad, ni la gracia, ni los elementos divinos de la vida espiritual; no ha hecho mas que reaccionar contra sus mismos agentes, convertir en víctimas á los verdugos, y condenar á los pueblos al mas ignominioso destino.

Sí, católicos: las grandes persecuciones de la Iglesia vienen á refluir directamente sobre los pueblos; porque siendo ella un poder instituido todo y solo para el bien de la humanidad, no puede ser atacada, restringida é imposibilitada en su accion sin que todos y cada uno de los que aprovechan la benigna influencia de su poder, resienta en sí mismo los efectos consiguientes á la guerra que se le hace. ¡Oh, vosotros, hombres extraviados, quien quiera que seáis, en cuyas mentes ha caido la venda de una estéril, ciega y ruinosa filosofía; vosotros que cayendo en la tentacion de la ciencia, estáis envueltos en las tinieblas que eclipsan la verdad á vuestros ojos; vosotros que agitados de mil afectos diversos estáis en vísperas de perder todo sentimiento moral; vosotros que anhelantes por bienes materiales y goces terrenos, ya no sentís el regalado sabor de los bienes del espíritu; vosotros que sufriendo interiormente, sin echarlo de ver, la doble anarquía de la inteligencia y del corazon, andáis como errantes con vuestras ideas y vuestras inclinaciones huyendo de la verdad y la virtud! volved sobre vuestros pasos, parad un tanto: ved lo que habéis dejado tras de vos, y quedaréis muy pronto convencidos de que os alejáis de la verdad y la dicha tanto como progresáis en pos de esos fantasmas que ni acertáis á conocer, ni seréis capaces nunca de tocar. Esta Iglesia es vuestra Madre; os tiene á todos en lo mas íntimo de su corazon; os ama con ternura; os busca solícita con las mismas lágrimas que le hacéis derramar. No la neguéis con vuestro pensamiento; no la rehuséis un asilo en vuestro corazon; no selléis sus labios, órgano de la palabra de Dios, porque quedaréis á oscuras; no encadenéis sus brazos, porque ya no habrá quien se apreste á vosotros para socorremos y salvaros en esas tremendas crisis de la miseria y del dolor que solo la religion del Crucificado ha podido superar. Sus templos, siempre francos para vosotros, no se cerrarian sino para condenaros las puertas de la esperanza: su ministerio encierra todos los tesoros del corazon y deposita todos los recursos para el alma. Tened presente que cada golpe que descarguéis contra la Esposa de Jesucristo, es un atentado contra vuestra propia felicidad.

¡No veis, católicos, toda la exactitud de estos conceptos probada como el oro en el crisol de la historia? ¡No los veis puestos á prueba

de las experiencias todas? ¡No veis que en todos los siglos se ha representado el mismo drama y ha producido siempre los mismos efectos? ¡No veis cómo la barbarie ha venido siempre á ocupar, y dominar, y tiranizar, y aniquilar en cierto modo los pueblos que han abjurado la religion? ¡No sentís un cierto fondo de melancolía en lo mas íntimo de vuestro pecho al contemplar lo que son hoy aquellos sitios que ocupaban las antiguas iglesias de Africa, la suerte de aquellas célebres sociedades que al calor de la religion se robustecian mas y mas y llegaron á ser tan florecientes? ¡No veis un cuadro todavía mas lastimoso en esta bastarda civilizacion de nuestros tiempos, que ha hecho desaparecer casi todos los sentimientos morales, casi todos los vínculos que estrechaban á la humanidad, los lazos íntimos que unen á los individuos y á los pueblos bajo el influjo de este culto del espíritu y del corazon? ¡No quedáis sorprendidos con el contraste que forman hoy los progresos de las artes y la miseria de los pueblos, la perfeccion de la ciencia social y la inestabilidad de los gobiernos, el arte maravilloso del equilibrio político y la trasformacion del Estado en una estatua de yeso descansando sobre arena? Por esto he dicho, señores, que la Iglesia necesita libertad externa para iniciar la paz en todo el mundo; que los gobiernos, para dar al Estado solidez y firmeza, necesitan proteger esta libertad externa, este derecho incuestionable, este poder de la Iglesia todo para el bien, solo para el bien y siempre para el bien: y por esto he añadido que esta necesidad que la Iglesia tiene de conservar á paz y salvo su libertad externa de accion, es precisamente para bien de los mismos gobiernos y de los pueblos.

Esta libertad, segun que es favorecida ó atacada de parte de los poderes públicos del Estado, caracteriza hoy, señores, como en todos tiempos, la concordia ó desacuerdo entre éste y la Iglesia. ¡Y no mas? Sí: tambien á los gobiernos religiosos y justos, y á los gobiernos enemigos de Cristo y perseguidores de su Esposa. En este punto debemos fijarnos tanto como en el primero; pues lo que la Iglesia necesita en el orden externo para llenar los objetos de su institucion, importa uno de los deberes mas estrictos para los gobiernos, deberes cuya infraccion seria inexcusable del todo en los pueblos católicos. Si un gobierno que no profesase la fe, nunca podria perseguir á la Iglesia sin herir á sabiéndas la justicia natural: ¡qué sería cuando se tratase de gobiernos que profesen la religion católica? La lucha de tres siglos, en que la Iglesia tuvo que sufrir la inaudita persecucion del gentilismo armado con el poder, representa, señores, la accion tiránica de la institucion humana

contra la institucion divina, el abuso del poder civil contra la libertad externa de la Iglesia; y los golpes que ésta sufrió de los príncipes y magistrados en los tiempos del arrianismo, así como de los reyes en los tiempos de la reforma, representan el mismo cuadro. Viceversa, el término de los martirios y la inauguracion social de la Iglesia católica por la conversion de Constantino, sus triunfos tambien sociales sobre todos los arrianos al inaugurarse Recaredo en el trono, y todas las restauraciones posteriores no han sido mas que el recobro conseguido por la Iglesia de su libertad externa.

Tal es por lo mismo, señores, el gran voto que debemos formar como hijos de esta madre tierna, perseguida y desolada en circunstancias tan terribles y en ocasion tan solemne: y no soi yo quién resume la necesidad y su remedio en este voto final; es la Iglesia misma, que va siempre, con su sabiduría y su piedad, muy delante de nuestros pensamientos y deseos. ¿Qué pide al Señor en las mas terribles de sus crisis? que escuche benigno sus inflamados ruegos. ¿Con qué objeto? con el de que desaparezcan los errores que atacan la doctrina, y todas las adversidades conjuradas contra ella. ¿Y con qué fin? ¿Acaso con el de conservar su institucion, su sabiduría, su magisterio, su derecho? No; sino solo con el de recobrar su libertad para servir sin obstáculo á los designios que tuvo el mismo Dios al instituir la: *Ut, destructis adversitatibus et erroribus universis, secura tibi serviat libertate.*

Mas no debemos limitar, católicos, á solo esto nuestros deseos y nuestros votos: porque si el recobro de la libertad externa de la Iglesia es un paso gigantesco para el remedio de las necesidades presentes; no es de poca importancia, que el gobierno ponga los medios eficaces para conseguir la restauracion de la paz en el orden político, para los grandes fines de la institucion del Estado.

## SEGUNDA PARTE.

El Estado ve como su necesidad suprema el restablecimiento de la paz, y tiene razon, señores: porque la guerra es el agente constante de la disolucion, y la paz es al mismo tiempo el resultado y el medio de la unidad. Jesucristo Señor nuestro nos dijo sobre esto dos palabras, pero de tan profundo sentido, que bastan por sí solas para comprender el carácter de una situacion y predecir el porvenir de un pueblo: "Todo reino dividido será desolado." ¿Y por qué, señores? porque la division de un reino es la dislocacion de un cuerpo, y esta dislocacion

es un síntoma de muerte. Nosotros estamos divididos: contamos ya medio siglo de esta division: la paz ha dejado caer de tiempo en tiempo bellos crepúsculos sobre nuestro horizonte; bellos pero breves, y tanto, que parece no han servido sino solo para hacer mas intenso y penoso el sentimiento de su privacion.

Constantemente se ha buscado la paz con toda la fuerza de los deseos; pero se ha buscado con el espíritu de las pasiones, en el sentido de los intereses y con independencia del cielo, y esto ha sido bastante para que no se haya conquistado jamas. Hoi dia esta necesidad se extiende y explica con mayor fuerza que nunca; porque nunca la guerra se habia mostrado en México ni mas tenaz, ni mas airada, ni mas desastrosa que en estos desgraciados tiempos: azote inmenso, que se cruza por toda la nacion; azote cruel, que ha hecho correr mucha sangre; azote bárbaro, que ha hecho desaparecer hasta los vestigios de la civilizacion, esparciendo por todas partes el terror y el espanto. Nada pues mas necesario, nada mas urgente que el pronto restablecimiento de la paz, y ningun voto mas justo que el que se dirige á conseguirla. Pero, señores, aunque la primera condicion indispensable para el recobro ó adquisicion de un bien sea desearle ardiente y sinceramente, de nada serviria solo el deseo, por intenso que fuese, si no se pusieran en práctica los medios conducentes para verle realizado. ¿Cuáles son estos medios? En el orden de la religion, de la moral y de la prudencia cristiana, únicos de que yo puedo hablaros como ministro de la palabra evangélica, os diré que todos están cifrados en un recurso eficaz y pronto al Dispensador único de los verdaderos bienes, y por esto he dicho que el Gobierno, para obtener y consolidar la paz en el Estado, ha menester de asirse del orden sobrenatural y cooperar con él, se entiende sin abandonar los medios naturales que Dios nos dispensa, pues el recto empleo de las causas segundas es precisamente la cooperacion del hombre con la Providencia de Dios á fin de conseguir el bien. Para persuadirnos evidentemente de tan importante verdad, hai dos medios seguros: primero, conocer cuál es el origen de la paz; segundo, descubrir las verdaderas causas de la guerra.

¿Cuál es, decidme, el origen de la paz? ¿quién la podrá volver á nuestra patria? ¿Acaso el Estado? No señores: si este clama por ella, impulsado por el sentimiento de una necesidad imperiosa, es porque no la tiene, porque no ha podido reconquistarla. ¿Cómo pues podría darla por sí mismo? No, señores: el Estado no da la paz, la pide: la fuente de este bien está fuera de él y no en él; puede sin duda re-

contra la institucion divina, el abuso del poder civil contra la libertad externa de la Iglesia; y los golpes que ésta sufrió de los príncipes y magistrados en los tiempos del arrianismo, así como de los reyes en los tiempos de la reforma, representan el mismo cuadro. Viceversa, el término de los martirios y la inauguracion social de la Iglesia católica por la conversion de Constantino, sus triunfos tambien sociales sobre todos los arrianos al inaugurarse Recaredo en el trono, y todas las restauraciones posteriores no han sido mas que el recobro conseguido por la Iglesia de su libertad externa.

Tal es por lo mismo, señores, el gran voto que debemos formar como hijos de esta madre tierna, perseguida y desolada en circunstancias tan terribles y en ocasion tan solemne: y no soi yo quién resume la necesidad y su remedio en este voto final; es la Iglesia misma, que va siempre, con su sabiduría y su piedad, muy delante de nuestros pensamientos y deseos. ¿Qué pide al Señor en las mas terribles de sus crisis? que escuche benigno sus inflamados ruegos. ¿Con qué objeto? con el de que desaparezcan los errores que atacan la doctrina, y todas las adversidades conjuradas contra ella. ¿Y con qué fin? ¿Acaso con el de conservar su institucion, su sabiduría, su magisterio, su derecho? No; sino solo con el de recobrar su libertad para servir sin obstáculo á los designios que tuvo el mismo Dios al instituir la: *Ut, destructis adversitatibus et erroribus universis, secura tibi serviat libertate.*

Mas no debemos limitar, católicos, á solo esto nuestros deseos y nuestros votos: porque si el recobro de la libertad externa de la Iglesia es un paso gigantesco para el remedio de las necesidades presentes; no es de poca importancia, que el gobierno ponga los medios eficaces para conseguir la restauracion de la paz en el orden político, para los grandes fines de la institucion del Estado.

## SEGUNDA PARTE.

El Estado ve como su necesidad suprema el restablecimiento de la paz, y tiene razon, señores: porque la guerra es el agente constante de la disolucion, y la paz es al mismo tiempo el resultado y el medio de la unidad. Jesucristo Señor nuestro nos dijo sobre esto dos palabras, pero de tan profundo sentido, que bastan por sí solas para comprender el carácter de una situacion y predecir el porvenir de un pueblo: "Todo reino dividido será desolado." ¿Y por qué, señores? porque la division de un reino es la dislocacion de un cuerpo, y esta dislocacion

es un síntoma de muerte. Nosotros estamos divididos: contamos ya medio siglo de esta division: la paz ha dejado caer de tiempo en tiempo bellos crepúsculos sobre nuestro horizonte; bellos pero breves, y tanto, que parece no han servido sino solo para hacer mas intenso y penoso el sentimiento de su privacion.

Constantemente se ha buscado la paz con toda la fuerza de los deseos; pero se ha buscado con el espíritu de las pasiones, en el sentido de los intereses y con independencia del cielo, y esto ha sido bastante para que no se haya conquistado jamas. Hoi dia esta necesidad se extiende y explica con mayor fuerza que nunca; porque nunca la guerra se habia mostrado en México ni mas tenaz, ni mas airada, ni mas desastrosa que en estos desgraciados tiempos: azote inmenso, que se cruza por toda la nacion; azote cruel, que ha hecho correr mucha sangre; azote bárbaro, que ha hecho desaparecer hasta los vestigios de la civilizacion, esparciendo por todas partes el terror y el espanto. Nada pues mas necesario, nada mas urgente que el pronto restablecimiento de la paz, y ningun voto mas justo que el que se dirige á conseguirla. Pero, señores, aunque la primera condicion indispensable para el recobro ó adquisicion de un bien sea desearle ardiente y sinceramente, de nada serviria solo el deseo, por intenso que fuese, si no se pusieran en práctica los medios conducentes para verle realizado. ¿Cuáles son estos medios? En el orden de la religion, de la moral y de la prudencia cristiana, únicos de que yo puedo hablaros como ministro de la palabra evangélica, os diré que todos están cifrados en un recurso eficaz y pronto al Dispensador único de los verdaderos bienes, y por esto he dicho que el Gobierno, para obtener y consolidar la paz en el Estado, ha menester de asirse del orden sobrenatural y cooperar con él, se entienda sin abandonar los medios naturales que Dios nos dispensa, pues el recto empleo de las causas segundas es precisamente la cooperacion del hombre con la Providencia de Dios á fin de conseguir el bien. Para persuadirnos evidentemente de tan importante verdad, hai dos medios seguros: primero, conocer cuál es el origen de la paz; segundo, descubrir las verdaderas causas de la guerra.

¿Cuál es, decidme, el origen de la paz? ¿quién la podrá volver á nuestra patria? ¿Acaso el Estado? No señores: si este clama por ella, impulsado por el sentimiento de una necesidad imperiosa, es porque no la tiene, porque no ha podido reconquistarla. ¿Cómo pues podría darla por sí mismo? No, señores: el Estado no da la paz, la pide: la fuente de este bien está fuera de él y no en él; puede sin duda re-

cibirla, puede aprovecharla, puede conservarla; pero darla, no, jamás: el Estado no da la paz; la pide. Por esto he dicho que, para conseguir la paz, ha menester de pedirla, y añadiré ahora, que necesita pedirla al único que es capaz de darla, pedirla, llenando las condiciones que ha puesto para su dispensación, esperarla con fe y conservarla con todo su poder.

¿Quién dará la paz á Méjico? ¿Acaso el poder de los guerreros, los triunfos de las armas? No, señores: una victoria humilla y despecha, reserva profundos resentimientos en lo mas íntimo del corazón, enardece los ánimos y prepara horribles represalias. Mas el noble ascendiente de la virtud engendra sentimientos de otra naturaleza, prepara triunfos de mas elevado carácter, domina por la admiración y el amor, dos poderes de los mas grandes que el hombre es capaz de desarrollar. No esperéis, pues, que el elemento físico decida favorablemente para el Estado, solo por sí, la grave cuestión de la paz. ¿Acaso la encontraremos en una combinación de intereses capaz de conciliar los ánimos divididos principalmente por ellos? Tampoco: los intereses puramente materiales, cuando no están fundados en los intereses morales y garantidos por la justicia eterna, podrán dar una tregua, pero nunca establecer la paz. ¿Acaso, por último, esperaremos tan precioso bien de las hábiles combinaciones y acertadas medidas de la alta política? Señores, la política es una ciencia vasta pero dentro de un círculo reducido: dilatad las dimensiones, y la veréis perderse. Tal vez me explico así, por ser una ciencia que yo no poseo; pero esto no me inquieta, porque no necesito de tal ciencia ni por el lugar en que hablo, ni para el objeto que me ocupa: yo sé que una Cruz de madera, una Cruz que había figurado ántes como el mas ignominioso patíbulo, y que aun, muerto en ella el Salvador, fué apellidada *escándalo* por el judío, y *locura* por el gentil, ha cambiado la faz de la tierra, y no solamente respecto de la religión, sino tambien de la política; la Cruz ha constituido la sociedad moderna, civilizado al mundo y formulado la verdadera ciencia del gobierno. Dejo, pues, con gusto ese arte maravilloso del equilibrio, de la representación y de los golpes de estado, para decir con el Apóstol: "No quiero saber otra cosa que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado."

Si pues no son las armas con sus triunfos, ni los intereses con sus combinaciones, ni la política con sus altas medidas, las causas productoras de la paz, ¿de quién debemos esperarla, católicos? ¿Dónde volveremos nuestros ojos? ¿Quién dará la paz á Méjico? ¿Quién? ... Atended,

Una noche, hallándose varios pastores en las cercanías de Bethlem velando sobre su ganado, fuéron repentinamente inundados en el esplendor de una luz celestial, vieron inmediato á ellos un angel del Señor que les anunció, como un gran gozo, que acababa de nacer el Salvador del mundo, y á poco les apareció con aquel ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, exclamando á una voz: "Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad." Ved pues, Señores el oriente bellísimo de la paz; ved en el establo de Bethlem, de entre las pajas mismas que rodean la cuna del Salvador, levantarse la paz como un astro benéfico destinado á dar la vuelta al mundo. Antes de Jesucristo, señores, no habia paz. ¿Por qué? porque el hombre habia roto con el cielo desde la primera culpa, y necesitaba de un mediador que, reconciliándole con Dios, le volviese á su alianza: el hombre no estaba en paz consigo mismo, porque en la guerra constante de sus pasiones y sus vicios, sufría las derrotas consiguientes á la depravación de su naturaleza: el hombre se hallaba en una guerra constante: guerra individual, guerra doméstica, guerra política, guerra social. Fué necesario, para que la verdadera paz llegase á reinar en la tierra, que Jesucristo viniese á establecerla en persona. He aquí por qué la gloria de Dios y la paz de los hombres fuéron, como acabáis de oírlo, el bellísimo tema de aquel cántico celestial con que los ángeles saludaron su advenimiento.

Este mismo tema, señores, está manifestando que la paz de los hombres, y por tanto, la paz del Estado, es inseparable de la gloria de Dios; y en consecuencia, que buscar la paz con independencia de esta gloria, buscar la paz fuera del único poder capaz de dispensarla, fuera de los designios del Señor, fuera de su lei santa ó contra ella, es bogar en el caos, precipitarse en los abismos. Pronunciarán los labios la bella palabra; mas no verá el entendimiento, no sentirá el corazón lo que esta palabra representa: "paz, paz," dirán todos; pero no habrá paz. Paz fuera del cielo, independiente de la conciencia y extraña mas ó ménos á la justicia moral, no es paz: será como una de esas apacibles montañas que al través de su hermosura ocultan un cúmulo inmenso de combustibles, que á la hora ménos pensada rompen las entrañas de la tierra y sepultan entre sus ruinas pueblos enteros. Si pues la historia nos manifiesta treguas mas ó ménos largas, estaciones muy parecidas á la paz; la crítica no encuentra fundamentos para reconocer el reinado de la verdadera paz sino solo en aquellos pueblos y en aquellas épocas en que las instituciones políticas han estado fundadas en el carácter

de la sociedad, y por tanto, en perfecta armonía con la institucion religiosa y con la justicia moral.

Si solo en Dios está la fuente de la verdadera paz, esta sola verdad basta para conducirnos á descubrir las causas de la guerra: pues por lei de rigurosa consecuencia debemos encontrarlas donde se hayan roto los vínculos morales que deben ligar con él, no solamente al individuo particular, sino tambien á la sociedad. Recordad, si no, las causas de tantos desastres como han affigido y trabajado á las naciones mas florecientes: este estudio es universal; es un espejo donde pueden verse todos los pueblos desgraciados. ¿Por dónde ha comenzado la obra del mal en otras sociedades? por el desconcierto de la voluntad en sus deseos. ¿Por dónde ha mediado? por el extravío del entendimiento en sus consejos. ¿Por dónde ha llegado al último extremo? por la injusticia de los hombres públicos en su conducta. En efecto, señores: desde el momento en que la religion deja de ser el crisol en que se prueban los deseos, el hombre pierde los caminos fáciles de la felicidad, y se entra por los senderos espinosos y difíciles de la desgracia, y esto sucede cuando el bien comun se pospone al interés privado, cuando el egoismo reemplaza al espíritu público; en suma, cuando el choque de los intereses materiales hace desaparecer, entre la nube de polvo que levantan, el amor de la patria. Una vez pervertidos los deseos, una vez resuelta la voluntad á seguir el camino de las pasiones, el entendimiento abandona los medios eficaces que conducen al bien, y se agota en combinaciones inicuas que no pueden traer sino desgracias. Finalmente cuando las cosas han llegado á tan lamentables extremos, la sociedad es mui semejante á un hombre que desfallece, casi sin esperanza de vida, víctima de sus extravíos, de sus errores y de sus pasiones, en el fango de los vicios, y que ya no conserva, segun la expresion de un orador eminente, "sino solo aquel resto de vida que basta para animar á un cadáver."

Pero sin salir, señores, de nuestra propia historia, sin buscar otra luz que la que nos ministra en abundancia nuestra propia experiencia, veamos dónde está la causa de la guerra, porque solo descubriendo el mal podremos atinar con el remedio. Mas de una vez la aparicion y prolongacion de una crisis horrible viene de donde al parecer no podía esperarse, ménos del equilibrio de la fuerza física y de la contraposicion de nuevos intereses inconciliables, que de una vista superficial ó indiferente sobre el origen de la contienda. Hé aquí nuestro caso.

Porque ¿cuál es el origen de la guerra que hoi está devorando á nuestra

patria? Si me decís, señores, que Tacubaya, os diré que no: si me decís que Ayutla, os responderé que no; si me decís que Jalisco, os replicaré que no: si dais otros dos ó tres pasos atrás, desandando la carrera de nuestras revoluciones civiles, os repetiré lo mismo: ventaja inapreciable para mí; pues alejándome un poco del teatro, me facilita el ser mas explícito sin temor de irritar susceptibilidades presentes.

La causa de la guerra viene de un hecho antiguo que prendiendo como una ponzoña en el corazon de esta sociedad, la ha desorganizado radicalmente, haciéndola pasar de los fuertes sacudimientos de una rabiosa fiebre hasta el marasmo de una consuncion que la tiene trasformada en un cadáver; de haber cedido á un alucinamiento fatal, de haber querido sustituir el pensamiento de Dios con el pensamiento del hombre, la obra de Dios con la obra del hombre, la constitucion social con la constitucion política. El empeño loco de constituir una sociedad, que solo necesitaba independenciá, nos dividió á todos desde que ésta se hubo conseguido; pues cada uno quiso hacer á México á su gusto, buscando tipos fuera de aquí. Se la hizo monarquía, regencia, república federal, república central, dictadura, &c. &c., y cada nuevo vestido la ha quitado algo de su carne. A la hora en que os hablo, se los ha puesto todos, pero no le queda hueso sano. Despues de un largo viaje venimos á sorprendernos con la ruina del movimiento; no podemos dar un paso, porque lo hemos consumido todo: elementos morales, sentimientos patrióticos, espíritu público, carácter nacional. Despues de haber lisonjeado á otros pueblos con el empeño de parecérnosles, no hai uno que nos haga caso, uno que no nos desprecie.

Acabo de manifestaros que hemos corrompido nuestros caminos, y en tan lamentable aberracion he encontrado el fatal origen de la inestabilidad del orden y la permanencia de la guerra con todos sus desastres. Ahora debo deducir las consecuencias prácticas de tan importante doctrina: porque ellas deben servir á la autoridad pública de norte para encontrar los medios morales que deben facilitarle restablecer la paz en el Estado. ¿Cuáles son estas consecuencias? que si á causas opuestas corresponden efectos igualmente opuestos; si las causas del mal consisten precisamente en la triple degeneracion moral de los deseos, los consejos y la conducta; el restablecimiento y consolidacion del orden y la paz demandan una triple reforma: primera, la de los deseos, apartándolos del mal y convirtiéndolos al bien; segunda, la de los consejos, buscándolos en la verdadera sabiduría; tercera, la de las obras, encaminándolas constantemente á la justicia.

La santidad de los deseos, señores, base de la reforma y primera condicion de la paz, es cosa de un carácter tan puro y de un rango tan excelso, que si ella hubiera sido siempre nuestro punto de partida, no nos hallariamos en el tristísimo estado de abyeccion y ruina en que nos encontramos hoy. No basta formar conceptos especulativos y hacer bellos discursos sobre la dignidad, el derecho y la necesidad imperiosa de la religion para un pueblo. “No todo el que me dice: “Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos” dijo Aquél que para caracterizar al pueblo que le aplaudía la víspera de sacrificarle, pronunció esta sentencia tan terrible: “Este pueblo me honra con los labios pero el corazón de ellos está lejos de mí.”<sup>1</sup> La santidad de los deseos es el voto puro y sincero que forma en el corazón católico el zelo por la honra y gloria de Dios, que todo lo encamina y dirige á que triunfe su gracia sobre el pecado, á que se cumpla íntegramente su divina ley. Pero si no es este el carácter de los deseos que se tienen, si cada uno sustituye á él sus intereses particulares, sus pasiones &c., entónces, por mas que se clame Dios y religion, falta la base fundamental del órden y la primera condicion de la paz.

¿Y cuál será el criterio en que se prueba la existencia y seguridad plena de que hai una intencion pura, un deseo verdaderamente santo? La rectitud constante de la conciencia en su dictámen. Este código del buen consejo, para los pueblos y gobiernos, consiste, no en las máximas de esa política falsa que mide los fines por la razon de las circunstancias y la ley de la conveniencia, y aplica los medios sin discernirlos, sin calificarlos, sin probarlos en el crisol de la justicia; sino en esos principios eternos que no declinan jamas ni á diestra ni á siniestra, que no se atemperan á las pasiones, que no se doblegan á los intereses; en esos principios que no fundan un fallo de bondad, sino únicamente cuando ésta se halla íntegra en la intencion, medio y fines de los actos, y proscriben, por tanto, como una plaga terrible, los medios malos aun cuando se pretendan aplicar á fines buenos.

¿Qué os diré de lo tercero? La justicia de las obras, es el último paso del bien en sus caminos, es el verdadero carácter de una marcha santa, recta y laboriosa en pro de la felicidad que se busca, es el toque solemne que advierte la existencia ó anuncia las cercanías de la paz. La justicia de las obras representa el mayor poder que pueden ejercer los hombres, el bien mas precioso que pueden desear los pue-

1 Math. cap. XV, v. 8.—Is. cap. XXIX, v. 13.

blós: haya justicia en las obras, y habrá rectitud en los consejos, y habrá pureza en las intenciones, santidad en los deseos. Dadme esto, señores, y os daré la realizacion del bello ideal de una nacion fuerte y perfecta, y os diré con toda la seguridad que inspiran las profundas convicciones: “todo lo tenéis, no busquéis otra cosa: la sociedad que formáis está perfectamente constituida: su legislacion y su administracion pública son el espejo en que se reproducen su carácter esencial, sus atributos constitutivos, aquello que debe á la sabiduría y al poder de su Divino Autor: tenéis derechos acatados, deberes sancionados, garantías efectivas: vuestra vida, vuestra propiedad, vuestra seguridad individual, vuestros intereses domésticos, vuestra honra, todo está perfectamente asegurado. ¡Dichosos vosotros, miéntas os contentéis con esto! ¡Desgraciados, empero, y muy mucho, cuando fastidiados de ser felices, sujetéis vuestro estado social á la ley de la moda política, empecéis á imaginar nuevos modos de ser, y vendáis vuestro buen sentido práctico á los seductores prestigios de una ciencia, que, atrayendo con la exactitud facticia de sus sistemas y el embeleso de su palabra, no hace mas que brindar á pueblos noveles, en una copa de oro coronada de flores, el tósigo fatal que insensiblemente va conduciendo á la sociedad á la muerte!

Ahora bien, ¿en cuál de estos dos casos nos encontramos nosotros? ¿en el de recibir esta felicitacion, ó llorar esta desgracia? ¿Qué pregunta, señores! ¿Ha podido, puede ser mas deplorable la situacion de nuestra patria? Nace apenas, y ya la véis marchitarse como una bella flor: es joven, y sin embargo parece un cadáver: si no está ya en el sepulcro, es porque ha sido muy prolongada su agonía. ¿Dónde está la perfecta unidad de sus antiguas creencias? ¿dónde el buen sentido práctico que ántes gobernaba su conducta? ¿dónde aquella moralidad hija toda y sola de sus bien formados hábitos? ¿dónde aquellos tesoros que hicieron un tiempo su riqueza proverbial en el mundo? ¿dónde aquella rica y fecunda combinacion de elementos que tantas consideraciones llegaron á merecerle de las naciones mas cultas? Yo no veo, señores, sino un pueblo profundamente minado en sus creencias, mas que minado en sus costumbres, extraviado de todos los caminos que conducen al bien, fascinado, seducido por multitud de objetos que hubiera debido despreciar; un pueblo despedazado por sí mismo, víctima de la mas horrible miseria, esclavo de mil necesidades que ya no puede satisfacer, reducido á pedir hasta el agua de agena mano.... No veo mas que fortunas destruidas, establecimientos arruinados: no veo mas que

guerra por todas partes, sangre corriendo á torrentes, luto, hofandad, miseria, lágrimas, desesperacion, muerte. ¿A quién compararemos, señores, el estado trístísimo de esta nueva Jerusalem? ¿Dónde hallaremos, para no discurrir estérilmente, un tipo tan exacto, que nos muestre á un tiempo mismo la causa del horrible mal que nos devora, el mortal extremo á donde nos ha conducido, y el único remedio que nos queda para salvarnos de él?

El Santo Evangelio nos ha dado la imágen mas perfecta de un pecador vuelto sobre sí, restituído á la vida de la gracia despues de haber llegado á la última crisis moral de su esperanza, en la tierna y profunda parábola del Hijo pródigo. ¿No podria yo servirme de ella para representar el triste y lastimoso estado de nuestra patria? Oidme:

Méjico, poseedora de un territorio vasto, de un suelo fecundo, de un bello cielo, de todos los tesoros de una naturaleza vírgen y opulenta; Méjico, pueblo en que resplandecian á la par las virtudes religiosas y las virtudes sociales, dotada de un carácter dulce, de una disposicion feliz para el bien, no solicitaba ya otra cosa, para llegar á la cumbre de la prosperidad y grandeza, que hacerse independiente de su antigua metrópoli, formar por sí un Estado político, seguir la vocacion social de todos los pueblos de la tierra: y Dios nuestro Señor, obsequiando sus deseos, le concedió la independéncia, bien así como al mas jóven de sus dos hijos el padre de familia le dió su legítima hereditaria, defiriendo á su pedido. La independéncia, señores, es un bien, un bien de primer orden, un bien de fecunda virtualidad. La independéncia es un bien, y por eso nos la concedió el Señor; porque Dios no da el mal: la independéncia es un bien, como lo es el estado para el individuo, es una condicion legal, honesta y justa en la sociedad civil: la independéncia es un bien de primer orden, porque sin ella nunca tendrá rango de nacion pueblo ninguno: la independéncia es un bien de virtualidad fecundísima, porque dando al Estado el poder bastante para regirse por sí mismo, le coloca en el camino recto de la perfeccion y la prosperidad.

El Hijo pródigo, acabando de recibir su patrimonio, se marchó á lejanas tierras, y acabó con cuanto tenia, viviendo desordenadamente. Nosotros hemos hecho lo mismo: en lugar de aprovechar todos los bienes que recibimos de Dios como otros tantos talentos, mediante la fuerza de accion que nos daba nuestra independéncia, nos olvidámos al instante de nuestro propio suelo y de nuestra casa, para irnos á remotos países, donde disipámos nuestro rico patrimonio. Es decir, se-

ñores: inmediatamente prescindimos de lo que Méjico podia y debia ser, constituido con la combinacion de sus elementos propios, de su religion, de sus máximas, de sus costumbres, y de tantos bienes inapreciables; y á despecho de la experiencia y del buen sentido, no tratámos de otra cosa que de violentar su carácter social á fuerza de quererle asemejar á pueblos extraños. Miétras tuvimos algo que provocase la codicia y alhagase los intereses, éramos recibidos en todas partes, y mui bien; pero cuando nuestra prodigalidad nos hubo conducido á la miseria y casi al sepulcro, todos pasan de largo frente de nosotros, y no merecemos cuando mucho sino insultantes apodos á los mismos que mas han trabajado en reducirnos á lo que somos.

El pródigo tuvo hambre, pedia pan, y nadie se le daba: envidió, ya lo sabéis, hasta las bellotas de los animales inmundos que le puso á cuidar el amo cruel bajo cuya servidumbre gemia: nosotros, esclavizados á nuestras pasiones, abandonados de los que un tiempo se llamaron nuestros amigos, sufrimos la hambre, la miseria, la privacion mas absoluta, desfallecemos consumidos en el lecho del dolor.

Ved aquí una semejanza perfectísima en las causas y en el extremo del mal: éste representa las consecuencias y el castigo de nuestros pecados, de nuestros desórdenes, de nuestros extravíos. No estariamos así, tenedlo por cierto, si no hubiésemos abandonado al Señor, depuesto del corazon los santos deseos que todo lo fundan en su sabiduría y en su poder, y todo lo dirigen á su alabanza y gloria, desertado del camino recto de la verdadera sabiduría y precipitádonos en los trabajosos senderos de la iniquidad; si no hubiésemos torcido la justicia, quitándola de nuestras obras, é introducido así los elementos de la guerra en el seno mismo de nuestra patria; si no hubiésemos abusado del don de Dios, opuesto nuestro pensamiento al suyo, y arrojado léjos de nosotros la ligera carga y el suave yugo de su lei, para recibir las cadenas de nuestros enemigos.

¿Y no hai remedio? Si le hai, señores: le tuvo aquel jóven descariado, y esto nos basta para no desfallecer. Sí, Señores: nuestros males extremos tienen un remedio seguro, eficaz y pronto, un remedio mui distante del que ponen los pueblos para salir de su abatimiento ántes de franquearse á las inspiraciones felices de la gracia; un remedio que consiste, no en los cálculos fallidos y combinaciones de una vanidosa política, no en la organizacion de poderosos ejércitos, no en el anhelo por victorias decisivas, no en combinaciones de intereses que conten-

tan á los poderosos, dejando á los pueblos en su abyeccion y miseria; no en el favor y proteccion de brazos que llevan mucho tiempo de haber muerto para el espíritu, pareciendo no tener vida sino solo para los sentidos y la materia; no en los recursos siempre limitados del poder humano; sino solo en levantarnos pronto, como el pródigo, al noble impulso de un sincero arrepentimiento, en volar sobre las alas de esa esperanza cristiana, que nunca fué confundida, en pos del abandonado Padre, que nos busca y espera, de ese Padre siempre vivo porque es Eterno, siempre fuerte porque es Omnipotente, siempre dulce, tierno y compasivo, porque es infinitamente bueno y misericordioso; de ese Dios Salvador, que, aunque sentado en los cielos á la diestra de su Padre, nunca separa de esta tierra, regada con su sangre, comprada con su sacrificio, santificada con su gracia, ni sus ojos ni su corazon. Este es el remedio: remedio universal, pues á todos cura; remedio inmenso, pues todo lo sana; remedio constante, pues no falta jamas; remedio pronto, pues á un sincero *pequé* responde con esta palabra de vida: "Ya estás curado, camina en paz." Este es el remedio que os propongo, señores, con tanta mayor confianza, cuanto que tenemos á la vista á esa Madre tierna que no en vano cuenta entre sus títulos el de ser Refugio de pecadores. Conducidos pues por ella, volemós á los piés de nuestro Padre ofendido, movamos su piedad paternal con los ruegos de tan piadosa Madre, y digámosle con el doble sentimiento de la contricion y la esperanza: "Padre, pecámos contra el cielo y delante de vos; ya no somos dignos de llamarnos hijos vuestros."

Hagámoslo, señores, hagámoslo como hacerse debe, y no tardarémos en escuchar el concierto melodioso de una nueva alianza, sentarnos al festín del regocijo, recibir la estola de gala, y lucir en la bella sortija de nuestro dedo la munificencia de nuestro Padre celestial.

Pero qué, para llegar á este punto, para obtener, mediante un paso decisivo de la conducta, el deseado retorno de la dicha perdida con la cesacion de la guerra y el restablecimiento de la paz, ¿basta por ventura, católicos, que las autoridades todas, fijándose de preferencia en estos medios, como los primeros y fundamentales de todos, acudan á Dios por sí mismas, clamen al cielo por gracia y cooperen á la restauracion de la paz en los términos que deben hacerlo conforme á las ideas de la religion y la moral? No por cierto. Dados estos pasos, es verdad que bastante se tiene adelantado; pero lo es asimismo que aun queda mucho por hacer. Esta gran reforma, señores, debe ser obra, no solo de la Iglesia, que está siempre pronta á iniciarla con

sus principios y realizarla con su ministerio, no solo del Gobierno, por mui dispuesto que se halle á cooperar con todo su poder y medios de accion; sino tambien, y mui principalmente, del pueblo, que debe poner por obra cuanto conduce á su verdadera felicidad. ¿Cómo conseguir tan importantes bienes? Por medio de la unidad católica, última verdad que me he propuesto demostraros.

## TERCERA PARTE.

Una vista sobre el paganismo, que busca la unidad sin encontrarla, y por tanto no la puede establecer ni en las persuaciones y las creencias, ni en las costumbres y las leyes, ni en el carácter social de las naciones; una vista sobre el catolicismo, que propaga la doctrina, forma la moral, constituye el Estado, concierta los elementos sociales de los pueblos, neutraliza los obstáculos que la desigualdad individual pone al órden social; y una vista, por último, sobre el racionalismo de nuestra época conspirando abiertamente contra toda autoridad, contra todo magisterio, proclamando todas las emancipaciones, la de la inteligencia, la de la voluntad y la de la libertad, y minando, en proporcion que avanza, el triple edificio de la creencia, de la moral y de la lei: todo esto, señores, despide bastante luz para conocer evidentemente que la unidad católica es la única unidad religiosa posible, es la única que concierta los elementos individuales y sociales de la especie humana, la única precursora del órden, garantía de la paz, fuente de los verdaderos bienes á que deben aspirar todas las sociedades.

Sin duda alguna, señores, que es un espectáculo sorprendente á par que maravilloso, el que á nuestra vista presenta la historia del gentilismo desde sus primeros ensayos filosóficos y políticos hasta la época en que pareció tocar á los últimos grados de la perfeccion que cabia en un órden exclusivamente natural. Vehementemente impulsado por la fuerza de sus instintos hácia la unidad social, que veia como la suma de todas las fuerzas intelectuales, morales y políticas, cuyo concierto debía producir el órden, la paz y prosperidad pública, desarrolló prodigiosamente cuantos medios podia prestarle la simple naturaleza en el órden de las ideas, de las costumbres y de las leyes, para establecerla. Mas con todo esto, ¿qué consiguieron las sociedades gentiles en el triple órden de las ideas, los sentimientos y las instituciones? lo contrario de lo que buscaban. Buscaron la unidad intelectual, y no encontraron mas que la anarquía del pensamiento: buscaron la unidad

tan á los poderosos, dejando á los pueblos en su abyeccion y miseria; no en el favor y proteccion de brazos que llevan mucho tiempo de haber muerto para el espíritu, pareciendo no tener vida sino solo para los sentidos y la materia; no en los recursos siempre limitados del poder humano; sino solo en levantarnos pronto, como el pródigo, al noble impulso de un sincero arrepentimiento, en volar sobre las alas de esa esperanza cristiana, que nunca fué confundida, en pos del abandonado Padre, que nos busca y espera, de ese Padre siempre vivo porque es Eterno, siempre fuerte porque es Omnipotente, siempre dulce, tierno y compasivo, porque es infinitamente bueno y misericordioso; de ese Dios Salvador, que, aunque sentado en los cielos á la diestra de su Padre, nunca separa de esta tierra, regada con su sangre, comprada con su sacrificio, santificada con su gracia, ni sus ojos ni su corazon. Este es el remedio: remedio universal, pues á todos cura; remedio inmenso, pues todo lo sana; remedio constante, pues no falta jamas; remedio pronto, pues á un sincero *pequé* responde con esta palabra de vida: "Ya estás curado, camina en paz." Este es el remedio que os propongo, señores, con tanta mayor confianza, cuanto que tenemos á la vista á esa Madre tierna que no en vano cuenta entre sus títulos el de ser Refugio de pecadores. Conducidos pues por ella, volemós á los piés de nuestro Padre ofendido, movamos su piedad paternal con los ruegos de tan piadosa Madre, y digámosle con el doble sentimiento de la contricion y la esperanza: "Padre, pecámos contra el cielo y delante de vos; ya no somos dignos de llamarnos hijos vuestros."

Hagámoslo, señores, hagámoslo como hacerse debe, y no tardarémos en escuchar el concierto melodioso de una nueva alianza, sentarnos al festín del regocijo, recibir la estola de gala, y lucir en la bella sortija de nuestro dedo la munificencia de nuestro Padre celestial.

Pero qué, para llegar á este punto, para obtener, mediante un paso decisivo de la conducta, el deseado retorno de la dicha perdida con la cesacion de la guerra y el restablecimiento de la paz, ¿basta por ventura, católicos, que las autoridades todas, fijándose de preferencia en estos medios, como los primeros y fundamentales de todos, acudan á Dios por sí mismas, clamen al cielo por gracia y cooperen á la restauracion de la paz en los términos que deben hacerlo conforme á las ideas de la religion y la moral? No por cierto. Dados estos pasos, es verdad que bastante se tiene adelantado; pero lo es asimismo que aun queda mucho por hacer. Esta gran reforma, señores, debe ser obra, no solo de la Iglesia, que está siempre pronta á iniciarla con

sus principios y realizarla con su ministerio, no solo del Gobierno, por mui dispuesto que se halle á cooperar con todo su poder y medios de accion; sino tambien, y mui principalmente, del pueblo, que debe poner por obra cuanto conduce á su verdadera felicidad. ¿Cómo conseguir tan importantes bienes? Por medio de la unidad católica, última verdad que me he propuesto demostraros.

## TERCERA PARTE.

Una vista sobre el paganismo, que busca la unidad sin encontrarla, y por tanto no la puede establecer ni en las persuaciones y las creencias, ni en las costumbres y las leyes, ni en el carácter social de las naciones; una vista sobre el catolicismo, que propaga la doctrina, forma la moral, constituye el Estado, concierta los elementos sociales de los pueblos, neutraliza los obstáculos que la desigualdad individual pone al órden social; y una vista, por último, sobre el racionalismo de nuestra época conspirando abiertamente contra toda autoridad, contra todo magisterio, proclamando todas las emancipaciones, la de la inteligencia, la de la voluntad y la de la libertad, y minando, en proporcion que avanza, el triple edificio de la creencia, de la moral y de la lei: todo esto, señores, despide bastante luz para conocer evidentemente que la unidad católica es la única unidad religiosa posible, es la única que concierta los elementos individuales y sociales de la especie humana, la única precursora del órden, garantía de la paz, fuente de los verdaderos bienes á que deben aspirar todas las sociedades.

Sin duda alguna, señores, que es un espectáculo sorprendente á par que maravilloso, el que á nuestra vista presenta la historia del gentilismo desde sus primeros ensayos filosóficos y políticos hasta la época en que pareció tocar á los últimos grados de la perfeccion que cabia en un órden exclusivamente natural. Vehementemente impulsado por la fuerza de sus instintos hácia la unidad social, que veia como la suma de todas las fuerzas intelectuales, morales y políticas, cuyo concierto debía producir el órden, la paz y prosperidad pública, desarrolló prodigiosamente cuantos medios podia prestarle la simple naturaleza en el órden de las ideas, de las costumbres y de las leyes, para establecerla. Mas con todo esto, ¿qué consiguieron las sociedades gentiles en el triple órden de las ideas, los sentimientos y las instituciones? lo contrario de lo que buscaban. Buscaron la unidad intelectual, y no encontraron mas que la anarquía del pensamiento: buscaron la unidad

moral, y no encontraron mas que el desconcierto de las pasiones, la oposicion de las máximas, el trastorno consiguiente á los mas abominables vicios: buscaron la unidad social, y no encontraron otra cosa que violentas combinaciones de fuerzas preponderantes, que, cediendo á su turno á fuerzas mayores, traian la sociedad por una carrera de vicisitudes políticas, segun el viento que dominaba. ¿Qué resultó de todo esto? doctrinas sin símbolo, moral sin código, sociedad sin vínculos: ¿Por qué lo primero? porque no hai símbolo sin dogmatismo instituido, ni es posible un dogmatismo de razon. En efecto: cuanto se propone por la razon á la razon, tiene que sucumbir á los derechos de la razon misma, caer bajo la accion de la disputa, sufrir las consecuencias de la duda, y quedar á merced y arbitrio de una oposicion triunfante. Bien sabéis, señores, que la verdad no tiene mas que dos caminos, que son las convicciones y las creencias; que las primeras suponen desarrollo y cultivo de las facultades intelectuales, suponen el arte y el ejercicio del discurso, y por tanto, son de suyo excepcionales, y nunca pueden ser el órgano de la verdad hácia la multitud. No quedando, pues, mas arbitrio que la creencia, era necesario prepararla con el reconocimiento de una autoridad infalible, con el hecho de una revelacion incontestable y el medio de un magisterio divino: era necesario que el pueblo supiera sin género de duda que lo que se le enseñaba es la doctrina de Dios, porque la ha revelado, porque ha instituido en la tierra una autoridad docente, y porque esta autoridad es infalible. He aquí por qué la antigüedad pagana jamas logró reunir las persuasiones y las creencias, careció de símbolo dogmático, y no llegó á poseer una razon comun.

Por lo mismo que sus doctrinas no tuvieron símbolo, sus costumbres no tuvieron código. Verdad es que habia leyes, y estas leyes tenían aplicaciones prácticas; pero lo es asimismo que limitadas al orden puramente externo, porque no podian pasar de aquí, dejaban intactas las regiones inaccesibles del espíritu, eran de todo punto extrañas al hombre interior, el cual, no contando sino con algunas nociones generales sobre el bien y el mal, algunas ideas del deber, escapadas en el naufragio de la lei natural, quedó vendido á las máximas absurdas y contradictorias de una moral versátil desprendida de las escuelas filosóficas, esencialmente anárquica, confundida con los vicios dominantes protegidos por las leyes y aun autorizados por sus dioses. Era necesario que el código de las costumbres reapareciese de nuevo promulgado por Dios á los hombres; y como este código, limitado en aque-

llos tiempos á solo el pueblo judío, poseedor único del Decálogo, no tuvo una manifestacion universal sino hasta la predicacion del Evangelio, por esto las sociedades gentiles carecieron siempre de código para las costumbres, y no llegaron jamas á la unidad moral.

Destruídos estos dos elementos ¿dónde hallar, señores, la virtud maravillosa que identifica en un pensamiento y en un sentimiento comun á muchos individuos y muchos pueblos? ¿Dónde hallar vínculos para las sociedades antiguas, rotos ya los de la inteligencia y el corazon? ¿Dónde encontrar la fuerza bastante para destruir estos obstáculos en un pueblo cuya religion, esencialmente ridícula, era una ironía para los sabios? Ved, pues, católicos, lo que es la simple naturaleza humana sin un régimen divino, lo que es la razon sin autoridad, y por consiguiente, la verdad teórica, práctica y fecunda sin una institucion divina que la enseñe, la aplique y la haga útil á todos los pueblos. Ved asimismo cómo la unidad social es imposible sin la unidad religiosa, bien así como esta no existe ni puede existir fuera de la unidad católica. Habéis visto, con solo esta rápida ojeada sobre el paganismo, toda la impotencia del orden puramente natural para establecer la unidad social con la unidad religiosa. Ved ahora todo el poder del catolicismo en la realizacion de estas grandes obras.

Para establecer y conservar la unidad social se necesitaba destruir todos los elementos capaces de dividir á un pueblo. Las revoluciones civiles, como bien sabéis, comienzan en las opiniones, médián en las costumbres y terminan en las armas. Todo reconoce como su primer principio al pensamiento: la razon mueve la voluntad, ésta excita la fuerza física, y todo junto inicia, fomenta y prolonga la guerra civil. Era necesario, señores, robustecer el concierto de la sociedad consigo misma, en su doble carácter de religiosa y política, haciéndola marchar segun el orden gerárquico de sus relaciones esenciales: era necesario buscar en Dios, no solamente al Autor de la Iglesia, sino tambien al Supremo Legislador de la sociedad: era necesario poner estos principios y todas sus consecuencias prácticas al nivel de la razon comun, para que, uniformada en todo lo que puede llamarse fundamental, marchara sin extravío ni tropiezo á sus grandes fines. Hé aquí lo que hizo la institucion católica en todos los pueblos. Acreditando su origen, su mision, su poder y sus prerogativas ante la razon con los motivos evidentes de credibilidad, no tuvo dificultad ninguna en reunir toda la creencia de los pueblos en un símbolo comun. Explicando este símbolo juntamente con el código de los deberes, y haciendo comprender

sus consecuencias á todo el mundo, le fué fácil uniformar el sentido moral de los pueblos. Hecho esto, quedábale solo que procurar la conformidad entre las creencias, los sentimientos morales y la conducta, para impedir que los intereses y las pasiones esterilizaran la verdad y la lei en el fondo de la sociedad, y esto lo ha procurado y conseguido siempre con su ministerio. La unidad católica, señores, hace tres cosas: en primer lugar, forma la razon comun en el sentido de la verdad; en segundo lugar, pone de acuerdo generalmente á todos sobre las reglas de las costumbres; en tercer lugar, gobierna de hecho las costumbres con la regla, extirpando los vicios y multiplicando las virtudes con la accion de su ministerio. Hé aquí la unidad social puesta de bulo, instituida por él mismo Jesucristo y conservada por la Iglesia católica.

Ahora bien, señores: ¿qué mas necesita un pueblo para conservar el orden y la paz? ¿qué mas necesita México poner de su parte, para reconquistar unos bienes tan preciosos, que conservar su unidad religiosa? Nada. Esta unidad representa la de la doctrina, la de la regla, la de la conducta, y llena las condiciones que requiere la paz á los ojos del buen sentido y segun el oráculo de la Iglesia católica. En una de sus preces nos ha dado esta Maestra de la verdad y regla de la virtud, toda la doctrina del orden y la paz. En ella supone que las causas generadoras de tan preciosos bienes han sido, son y serán siempre la santidad de los deseos inspirada por la verdad católica, la rectitud de los consejos garantida por la moral católica, la justicia de las obras facilitada y conservada por el ministerio católico: advierte que estas fuentes vienen de Dios mismo, é infiere de aquí que el mundo no puede dar la paz: mira los medios preciosos para conservarla cifrados en la consagracion del corazon á la lei divina, y deriva de aquí la tranquilidad de los tiempos. Este ha sido mi tema, como lo habéis visto, al explicar las condiciones de la paz, las causas de la guerra y los medios para conjurar ésta y restablecer aquella; y no he necesitado de otro para persuadirlos de que la unidad religiosa del pueblo es el medio mas á propósito para conseguir aquí el restablecimiento y la conservacion del orden y la paz.

Mucho podria decirlos sobre esto, señores; pero me queda una prueba que daros, fundada en la accion del racionalismo contra la sociedad; y como en ella tengo que manifestaros á éste constantemente opuesto al catolicismo, mi última prueba será tambien una confirmacion histórica y un desarrollo práctico de la que acabo de daros,

Ved, señores, la marcha del racionalismo desde que el Renacimiento y la Reforma le dieron un acceso mas libre contra la Iglesia y sobre el Estado, contra la religion y sobre la sociedad, contra las creencias y sobre la razon comun: vedle cómo progresa, cómo hace servir á su pensamiento cuanto aparece de algun modo en oposicion con lo que hai de mas cierto, de mas justo y fuerte en todas las naciones: vedle asomar apenas la cabeza, cuando el protestantismo sin abjurar todos los dogmas, sin reaccionar contra toda la creencia católica, y luchando al parecer dentro del mismo símbolo, se ocupaba solo en abolir la soberanía dogmática y moral de la Iglesia, en borrar el centro de la unidad y secularizar la institucion religiosa, sometiéndola íntegramente á la soberanía civil. Entónces el racionalismo no muestra todavía lo que es: campea con libertad en la literatura y en las ciencias, reacciona con cierta osadía sobre la política; pero no se desdeña de ocupar un lugar subalterno en la controversia, seguro como lo estaba de no hallarse léjos el dia en que levantaria su trono sobre las ruinas y con los materiales de todas las herejías y de toda la reforma.

Mas llegada su época, nada dejó por combatir: todo fué negado sin pudor, atacado sin tregua, perseguido sin cuartel: sana filosofía, ideas de Dios, origen del hombre, relaciones de ambos seres, lei natural, y por supuesto, revelacion, Iglesia, culto, ministerio, y á igual paso, todos los fundamentos de las instituciones políticas, todas las partes constitutivas del cuerpo social, todos los elementos de orden, todas las bases del derecho, todos los fueros del poder: en fin, cuanto hasta allí se habia conservado en el mundo sobre las bases de la sana filosofía, de la historia, de la moral, de la religion y de la justicia.

En vano el catolicismo desconcertó completamente, rindió y avalló del todo á este adversario, el mas fuerte que le habia combatido desde los tiempos de Arrio: porque el mismo cansancio de la lucha, el mismo sentimiento de la derrota trajo consigo una arma nueva que, colocada en frente de la institucion católica, le oponia, no ya la duda metódica, la discusion razonada, el escepticismo histórico, el sofisma, la impostura, el poder material armado contra ella para exterminarla; sino una fuerza, la mayor que se conoce, una fuerza sin vida pero inaccesible, la inercia del espíritu, peor todavía que la de los cuerpos, la indiferencia religiosa, veneno mortífero que obstruye la fuente de las ideas, el manantial de los sentimientos, que mata la vida intelectual y moral de la sociedad. Mas esta oposicion, diestramente calculada, no podia durar mucho: porque la sociedad en sus masas, inca-

paz de contagiarse generalmente con semejante lepra, y en contacto con un ministerio que habia sacado á todo un mundo de los abismos de la muerte, empezó á sentir los efectos de su accion intelectual y moral, al paso que el racionalismo la necesidad imperiosa de una táctica nueva.

Incapaz empero de obrar sobre la institucion católica con una fuerza bien combinada, porque fuera del catolicismo no hai unidad, se dividió al renovar la lucha, presentándose como siempre, aunque con faces nuevas, prodigiosamente variado y contradictorio. ¿Quién podria enumerar, señores, sus escuelas, sus sistemas, sus teorías, sus batallas dentro y fuera del círculo de la sociedad católica? Seria necesario escribir un libro; pero sí os diré que sintiendo mui debilitada su accion sobre la sociedad á medida que multiplicaba sus teorías, y sufriendo una derrota popular á fuerza de ser ininteligible, voló despechado á otra parte, abandonando la metafísica, la filosofía especulativa, la controversia y casi todas sus disputas, para situar su campo en el órden puramente material, eliminando de su accion, sin decirlo, todo elemento espiritual, todo principio religioso, todo sentimiento moral. He aquí la última faz de la lucha entre el racionalismo y el catolicismo: veamos sus rasgos principales, estudiemos sus primeras consecuencias, y procuremos columbrar siquiera sus últimos resultados.

El catolicismo, señores, no ha desconocido jamas la importancia de los intereses puramente materiales; pero legitimándolos con la justicia, concertándolos con los intereses morales y siempre subordinándolos á ellos, ha puesto en armonía los bienes de la tierra con los bienes del cielo. Su tema es este, dado por el mismo Jesucristo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas," es decir, los bienes terrenos, "se os darán por añadidura." Todo en la escuela católica se dirige al último fin, á la felicidad eterna: *Querite primum regnum Dei*: todo se norma por la justicia, porque fuera de ella no hai camino para el cielo: *et justitiam ejus*: y de ambas cosas viene lo demas: *et hæc omnia adjicientur vobis*. Veis aquí en primer término á la religion, en segundo á la moral, y en tercero el órden material como un hecho de consecuencia cuando reinan sobre un pueblo la religion y la justicia.

Mas el racionalismo no solo invierte sino que destruye absolutamente este órden. La simple inversion es el pecado; la destruccion es la negacion de Dios, la negacion de la lei, la negacion de la virtud, la negacion del espíritu. El racionalismo, derrotado muchas veces en sus antiguos combates, lucha hoi vigorosamente con el tema del inte-

res puramente material. Vedle poniendo este interes al frente de todos los que mueven á un pueblo, buscar en sus progresos las condiciones de la prosperidad pública, oponerle á todo lo que no es él: enemigo intransigible, que llegado á la última jornada, se muestra sin disfraz y conspira contra todo. En las ciencias no hai otras para él que las que analizan la materia: de los elementos sociales no admite sino aquellos que desarrollan la vida física: señala, no ya como principales, sino como únicos, entre los grandes objetos que deben reconcentrar todo el movimiento social, la riqueza, el progreso material, la industria, el comercio, &c., &c; y con arreglo á estos principios, acusa de retrogradadas aquellas instituciones que deben su perfeccion al cristianismo, deja caer sobre la moral social una sonrisa irónica, y se burla estrepitosamente de Dios, del espíritu y la religion.

¿Cuáles son sus frutos? Por ellos conoceréis el árbol, siguiendo la regla de Jesucristo. Este Divino Maestro, fundando la Iglesia como tipo y custodia de una sociedad perfecta, la rige por la autoridad, obra sobre las creencias, gobierna la conducta con su lei divina, desarrolla una accion permanente sobre el espíritu con la sancion de esta lei, obra sobre la conciencia individual con el ministerio que instituye, dando á la voluntad incrementos de poder y de fuerza con la dispensacion de su gracia, establece y conserva la verdadera fraternidad humana, cosa imposible sin él, y representa por último en la santidad, en este carácter que reconcentra todas las fuerzas morales, que es la perfeccion cristiana y el heroismo en toda su grandeza, el resultado final de su institucion, de su lei, de su ministerio y de su accion sobre el hombre durante la vida humana. Inscribe la pobreza del espíritu al frente de los títulos que garantizan la eterna felicidad, y con solo esto dignifica la riqueza, moralizándola y haciéndola servir á las necesidades del pobre, y saca de su abyeccion á la miseria, rodeando la pobreza con la magestad de la gloria. La mansedumbre representa una fuerza mui superior á la ira, modera el carácter y concierta en la lei la fuerza física con la fuerza moral. Estas grandes ideas, léjos de quedar en la esfera de simples especulaciones, han impreso mil huellas materiales en el campo de los siglos que recuerdan la marcha de la religion con la moral. No hai uno solo de los bienes naturales, que han atraido constantemente al hombre, desde el principio del mundo, que el catolicismo no haya producido en abundancia magnífica y sin la mas leve contaminacion del vicio. Si á esta grande institucion le pedís ciencias, ella os hará ver que todas en su mas alta perfeccion han salido de su

seno: si le pedís artes, encadenará vuestra admiracion con solo señalar sus mas ilustres monumentos; si le pedís consuelos para la humanidad atribulada, ella se os mostrará como la madre de los huérfanos, de los pobres, de todos los miserables, de cuantos han clamado en vano, fuera de ella, por el alivio, el consuelo y la tranquilidad en el curso de diez y nueve siglos. Ahora bien, señores: ¿qué ha opuesto el racionalismo á la fuerte unidad de la institucion católica? la perdurable anarquía de la ciencia humana cuando se emancipa del cielo. ¿Con qué ha reemplazado la pobreza del espíritu, que dignifica el infortunio y abre á la menesterosa humanidad las arcas del poderoso? con levantar la riqueza al rango de primer poder social, desarrollando su accion á la par sobre los poderes públicos, á quienes humilla, y sobre las clases menesterosas, á quienes oprime; y cuando ve salir de su teoría una horrible antítesis de pueblos hambrientos frente á individualidades poderosas, asustado de su propia obra, deja correr una nueva teoría que tarde ó temprano hará su explosion sobre el Estado: el *Socialismo*, señores, que es la miseria despojada de la moral y armada con la filosofía incrédula contra la propiedad.

¿Qué ha opuesto el racionalismo á la liberalidad cristiana, despues de haberla combatido y casi aniquilado, á esta virtud fecunda, incansable, constante, que ha venido haciendo servir tesoros cuantiosísimos á las necesidades del género humano? la avaricia con su código frío, su nata dureza, su indiferencia mortal; pero elevada la riqueza hasta el rango de un poder supremo, la avaricia debia ser, por lei de consecuencia forzoza, el medio de levantarse á este poder. ¿Qué ha puesto el racionalismo en lugar de aquellos torcedores felices de la gracia, de aquellos remordimientos preciosos, que mas de una vez habian ablandado el corazon de los poderosos? Una falsa conciencia, una falsa razon, una falsa moral: un código nuevo arreglado á este sistema de medios y de fines, reemplazó al antiguo código: el Decálogo, lei moral de todos los hombres, ha quedado en la clase de un monumento histórico, y cuando mejor ha salido en el orden práctico, si es que alguna vez se le invoca, es apareciendo al revés. Estudiad, señores, esos fenómenos morales y políticos que sirven para caracterizar eso que se llama conciencia pública: ¿qué verdad os enseñan? ¿cuál es el carácter dominante que os descubren en la sociedad? ¿Cuál es la suerte que ha corrido la lei de Dios en nuestro siglo? Este código supremo, sancionado con una felicidad y una desgracia eternas, está hoi profundamente desconocido, y sobre todo, absolutamente desconcertado. ¿Co-

sa admirable! su primer precepto importa el amor de Dios sobre todas las cosas, y el último la prohibicion general aún de codiciar las cosas ajenas: mas hoi el primero ha pasado á ser el último, y el último subido al rango de primero. Las riquezas, los intereses materiales han sido elevados á la primera categoría en la moral facticia de nuestros tiempos. "No robarás, no codiciarás lo ageno:" he aquí el artículo primero que el racionalismo propone á las clases poderosas. "Amarás á Dios sobre todas las cosas:" he aquí la última prescripcion que esta secta insidiosa les deja, como para entretener sus ocios y divertirse, persuadida, como lo está, de que basta dislocarla para destruirla.

Hé aquí, señores, la obra completa del racionalismo. ¿Queréis ver la filiacion de sus progresos? ¿queréis visitar su campo? ¿queréis descubrir el secreto de su accion sobre el individuo y la sociedad? Ved lo que establece y lo que conquista, lo que destruye y lo que robustece, su accion sobre todos los siglos pasados, y sus fuertes impulsos hácia el porvenir.

¿Qué encontró en la tierra? la institucion católica concertando en una doctrina y una moral común la marcha de la Iglesia y el Estado. ¿Qué puso en su lugar? la razon como primer poder intelectual, la voluntad como primer poder social, el interes como primer poder político. ¿Qué consiguió con esto? destruir la unidad religiosa, concluir con la unidad moral, romper los vínculos sociales, desmontar el Estado. ¿Qué encontró en el mundo? Un concierto divino instituido por Jesucristo y conservado por la Iglesia entre la riqueza y la miseria, que ha bastado á salvar á ésta durante la carrera de diez y ocho siglos. ¿Qué puso en su lugar? un vicio y una palabra; la *avaricia* y la *flantropía*: y como no pudiese contrarestar con una palabra estéril el movimiento de la miseria pública, inauguró el *socialismo*, última plaga, que si no se contiene por una reaccion completa de la moral católica, debe acabar con todo. ¿Qué encontró en las costumbres? el criterio de la conciencia regida por la lei divina. ¿Qué puso en su lugar? una conciencia falsa tranquilizada con el artificioso medio de invertir el orden de los deberes.

Ahora bien, señores: tenéis á vuestra vista los dos campos: el de la razon filosófica emancipada del cielo, y el de la razon católica inundando en un torrente de luz á la tierra; el de la pobreza de espíritu brindando con la felicidad, y el de la riqueza sustituyendo al poder; el de la limosna santificando al rico en favor de la humanidad menesterosa, y el de la avaricia reconcentrando todas las facultades y sirvien-

do á la ambicion; el de la conciencia moral gobernando la conducta y produciendo la santidad, y el de la conciencia filosófica combinando la lei al capricho de la razon para sofocar los remordimientos. La lucha, señores, en último resultado se ha reducido á esto: la razon contra la fe; la naturaleza contra la gracia; la carne contra el espíritu; los intereses morales que establecen las condiciones, garantizan el derecho y reglan el uso de los bienes terrenos, contra los intereses materiales que, despedazando todo código, sacudiendo toda traba, se enseñorean de toda la sociedad; los sentimientos, que estrechan á toda la sociedad con los vínculos del amor, contra el cálculo frio, que de nada se afecta, y resuelve aritméricamente las cuestiones sociales, las cuestiones políticas, las cuestiones internacionales, que mide por la suma invertida y utilizada los exterminios de la guerra y la sangre de los pueblos, y justifica ó condena los grandes hechos sociales por la alta y baja representada en las cifras numéricas; las virtudes morales, fuente de las virtudes sociales, cuyo poder ha producido el heroismo, contra la indiferencia religiosa y política, que ha cerrado el corazon para Dios y la patria: por último, la fuerza poderosa de la verdad, la virtud y la felicidad sosteniendo la unidad de un pueblo, contra la fuerza material, cuya última faz política se reconcentra en el individuo, debilitando proporcionalmente á la sociedad. ¿Cuál es la última sinópsis de la seeta de nuestros días? La triple muerte del espíritu religioso, de la moral social y del patriotismo.

Seria necesario escribir mucho para desarrollar estos conceptos: la historia de tres siglos, señores, en Europa, y de algunos lustros en América, son una prueba tristísima de esta verdad.

“Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la religion, resuenan todavía, dice un escritor, hasta las riberas de la América, y hasta lo interior de sus bosques ensangrentados. Sí, ha venido el castigo sobre los hombres; ni aun el orgullo filosófico puede negarlo: han sido castigados como nunca jamas lo fuéron. ¿Pero se han corregido? “ ¡Ay! donde quiera que vuelvo los ojos, veo al rededor de mí la rebelion escrita en las frentes, señaladas por el rayo de las divinas venganzas: si aplico el oido, escucho blasfemias altaneras y risas mofadoras. Dios es todavía un objeto de escándalo para los que habian jurado aniquilarle; y guardáos de pensar que hayan perdido la esperanza ni abandonado el designio de destronarle. Si queda todavía, si subsiste aún un resto de fe, si la tierra es aún esclava de la esperanza, solo es, dicen, porque se ha atacado mal al cielo.

¡Cuán grato fuera para mí, señores, al ponderar la necesidad que tenemos de conservarnos á toda costa en la unidad católica, como el fundamento del orden y la paz, al pintaros los desastres horribles causados en el mundo por los enemigos de la Iglesia, al mostraros ese campo de ruinas amontonadas en todas partes por la filosofia inerédula, esa parálisis moral, ese mortal desconcierto causado por el racionalismo en Europa, hablar en un pueblo sano y salvo de tantos males, exento y libre de la inmensa contaminacion, immune todavía de esa lepra que corroe las viejas sociedades! Pero no es así por desgracia: el mal nos contagiaba mucho ántes de conocerle. Pudimos haberle conjurado á su tiempo con solo haber sido ménos ligeros y mas sensatos: pero le dejamos venir con imprudencia, le aceptamos con increíble temeridad. La Iglesia, nuestra madre, siempre alerta para conjurarle ántes de que arraigase, fué la primera en dar á nuestros mayores la voz de alarma, cuando esa filosofia bastarda que habia poblado de ruinas al viejo mundo, venia dando grandes pasos hácia nosotros, para seducirnos y perdernos. Léjos de faltar aquí esta maestra de la verdad á la noble mision que habia desempeñado en el mundo por mas de diez y ocho siglos, nos advirtió, que debíamos huir horrorizados, como de un veneno mortífero, de esa mentida ciencia, que perdió á la humanidad en su cuna y ha perdido á tantas naciones ilustres. Mas nosotros, fastidiados de vivir seguros y de ser felices, fascinados por el hermoso aspecto y delicado sabor de la nueva fruta, la comimos para nuestra desdicha, abandonámos el árbol de la vida por el árbol de la ciencia; y pocos años fuéron bastantes para que el tósigo fatal hiciese aquí casi todos los estragos que habia causado por mas de dos siglos en Europa. ¡Insensatos! Cuando este genio del mal andaba como vergonzante, de incógnito, y ni aun en los tenebrosos clubs habia osado manifestar su rostro y abrir su corazon, le buscábamos con curiosa solicitud y le defendíamos con calor: hoy se pasea descarado y atrevido por entre nosotros, y apénas despierta nuestra atencion. La verdad católica parece haber ido retrocediendo á medida que nuestra vanidosa razon, bien avenida con los errores dominantes, los deja circular sin alarma, y aun sin extrañeza. Entre tanto, las máximas del Evangelio, despreciadas, las virtudes desconocidas, la conciencia relajada, los vicios dominantes trayendo consigo la muerte de todos los sentimientos, parecen anunciar que no está muy léjos el dia en que acabarán juntas aquí, tal vez para siempre, la religion y la nacionalidad.

¿Dónde está, señores, la magnífica realidad figurada en el pabellon mejicano? ¿Dónde está la paz con Dios, la paz con nosotros mismos, que á par con nuestra independendencia representaba esta bandera en su triple color á la faz del Universo? ¿Qué suerte han corrido entre nosotros las creencias católicas y los sentimientos morales? ¿Dónde está hoy el espléndido y magestuoso culto de nuestras basílicas, y la moral severa de nuestros progenitores? ¿Dónde aquella cautelosa reserva contra los malos libros, las opiniones falsas y las máximas licenciosas? ¿Han encontrado acaso cerradas nuestras puertas, al cruzar el Atlántico, la propaganda cismática, la filosofía incrédula, la falsa política, el racionalismo ateo, el socialismo exterminador? ¿Está consagrada hoy en el respeto de todos la constitucion religiosa y la inmunidad sagrada de la familia? ¿El Señor nuestro Dios es aquí generalmente aclamado y obedecido como la fuente única del poder, como el primer objeto de los deberes individuales y sociales? ¿El honor de su Nombre Santo, el celo de su gloria, la magestad de su culto, son los objetos que dominan por entero nuestro corazon? ¿Su divina lei es hoy la pauta que arregla nuestros consejos, la justicia de su moral es el distintivo de nuestras obras? ¿La vida, la honra, la propiedad, son hoy día objetos garantidos, no solo por las leyes, sino tambien por las costumbres....? ¿Ah, señores! No seré yo quien responda á estas preguntas. Apenas me permiten hacerlas esos promontorios de ruinas con que tropiezan por donde quiera nuestros ojos, ese cúmulo inmenso de males y miserias que han trasformado en una casa de luto á toda la nacion, esos hondos y lastimeros gemidos que día por día y hora por hora hieren y despedazan nuestro corazon; este campo vastísimo de lágrimas y sangre que habitan temblando los hijos de la bella y deliciosa Méjico.

¿Gran Dios, que regís con vara de hierro y desbaratáis como una vasija de barro á los pueblos insensatos que sacuden el suave yugo de vuestra lei; que dais lecciones terribles á los reyes, príncipes y magnates, conjurados contra Vos; que con una sonrisa de vuestra ira lanzáis á la burla y universal desprecio los planes tenebrosos y los proyectos vanos de los pensadores del siglo, confabulados contra vuestra Esposa; que guardáis en los tesoros de vuestra indignacion esas tinieblas impenetrables, esas plagas diversas y terribles que atormentan y pierden á las naciones cuando con sus crímenes han cansado vuestra paciencia! Vos nos castigáis justamente, Señor, por los pecados de nuestros padres, y tambien por los nuestros, con todas las calamida-

des y miserias que pueden acibarar la vida de un pueblo. Gemimos inclinados bajo el peso de una inmensa y merecida tribulacion. Pródigos inexcusables ante vuestra recta justicia, hemos colmado la medida de los crímenes despues de haber arrojado al fango vuestros grandes beneficios y abundantes gracias! Pero, Señor: Vos sois, no solo un Dios de justicia, sino tambien un Padre de misericordia: no hai delito irremisible para el infinito amor que tenéis á vuestros hijos: castigáis á los pueblos incorregibles; pero perdonáis tambien á las naciones penitentes, que claman á vos llenas de fe, interesando en favor suyo vuestra clemencia. Nínive delincuente, sentenciada y colocada ya bajo la cuchilla exterminadora de vuestra justicia, desarmó vuestro brazo, moviendo vuestra misericordia, y reconquistó vuestro amor con su penitencia sublime. ¿Desesperará Méjico de conmoveos en los momentos en que, reconociendo y confesando sus pecados, derrama copiosas lágrimas á vuestros piés? ¿Desesperará, digo, cuando tiene de su parte, no solamente vuestra clemencia, sino tambien la tierna proteccion de María? ¿Desesperará esta nacion favorecida tan singularmente por el amor de tan piadosa Madre, que si ha elegido este suelo por residencia suya, es sin duda para no abandonarle?

¿No, Dios mio, no! ¡nunca desaparecerá la esperanza de nuestro espíritu y nuestro corazon! Vos habéis prometido escuchar la oracion humilde y acordar los beneficios que se os pidan con fe, constancia y solicitud; y nosotros, con la confianza que nos inspira esta promesa, clamamos á Vos por el remedio de tantos males, por la cesacion de esta guerra desoladora, por el retorno de esa paz anhelada, que cada día parece retirarse mas y mas de los horizontes de la esperanza; de esa paz que del mundo no puede venir, pero que reaparecerá sin duda, como el sol despues de la tempestad, al sublime *fiat* de vuestra voluntad omnipotente: *fiat pax in virtute tua.*

Mui tristemente aleccionados en la escuela de la desgracia, instruidos á pesar nuestro por las experiencias mas costosas y los mas crueles desengaños, hemos apartado nuestra esperanza de todo lo que no sois Vos: porque si ha de volver á Méjico la deseada paz, esto será, no por la fuerza de las armas, cuyo éxito nunca deja de ser dudoso y cuyos resultados son precarios, no por las combinaciones políticas de intereses, que de ordinario no son sino las treguas de las pasiones; sino solo por el poder irresistible de vuestro brazo, por la eficacia infinita de vuestro querer: *fiat pax in virtute tua.*

Venga, pues, ¡oh Dios mio! este precioso don sobre todos nosotros:

sobre la Iglesia desolada, sobre el Estado roto y deshecho á los reiterados golpes de la anarquía, sobre esta sociedad, cubierta de heridas, agotada de sangre y henchida de miserias: *fiat pax in virtute tua.*

Enviad, Señor, á nosotros esas gracias preventivas que disponen el corazón, esas gracias eficaces que deciden la voluntad, esas gracias permanentes que conservan el concierto y armonía con vos, consigo y los demás en los individuos y en los pueblos: la santidad de los deseos, la rectitud de los consejos y la justicia de las obras, que previenen, realizan y perpetúan la paz en la tierra: *fiat pax in virtute tua.*

Apiedadós, oh Padre, de esta nación infeliz, penetrada de dolor, víctima de todas las desgracias, que desfallece consumida en el lecho de la muerte. Mirad cómo la persiguen todas las plagas desoladoras, y cómo el hambre espera para devorar á las víctimas escapadas de la guerra. Compadeceós, Señor, de nosotros: enviadnos el remedio universal que nuestros males piden: paz, que restituya los bienes perdidos por la guerra, y alimento abundante, que salve de la muerte á vuestros hijos amenazados por la hambre desoladora: *fiat pax in virtute tua, et abunda in turribus tuis.*

Que acaben para siempre, Señor, esos odios enconados, que perpetúan la guerra entre nosotros; esos intereses injustos, que han roto nuestros vínculos sociales; esas pasiones intransigibles, que han transformado en un circo de gladiadores á un pueblo de hermanos. Dadnos, oh Padre! á todos vuestra gracia; visitadnos con los preciosos recordamientos; excitad la contrición mas punzante y viva en nuestras almas, para que llorando amargamente nuestros pecados, y uniéndonos por la penitencia, marchemos juntos, bajo los auspicios de la verdadera paz, por los senderos de vuestra santa lei, hasta incorporarnos por fin dentro de los muros de aquella ciudad alumbrada perdurablemente por Vos, patria de vuestros escogidos, mansión de la ventura y residencia de la gloria.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



00